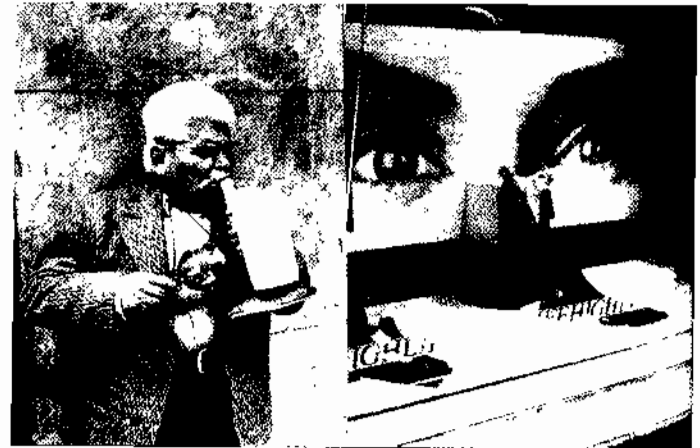




Serie Aniversario

Imaginarios Urbanos

•
Néstor García Canclini





Eudeba S.E.M.

Fundada por la Universidad de Buenos Aires en 1958

Primera edición: agosto, 1997

La *Serie Aniversario*, dentro de la Colección Pensamiento Contemporáneo, es un emprendimiento conjunto de EUDEBA y la Secretaría de Relaciones Universitarias de la Universidad de Buenos Aires

Coordinación General: Lic. Lautaro García Batallán
Dirección de la Serie: Lic. Alejandro Gómez

© 1997

Editorial Universitaria de Buenos Aires
Sociedad de Economía Mixta.
Av. Rivadavia 1571/73 (1033)

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
I.S.B.N. 950-23-0670-8

Foto de portada: Christa Cowrie

Diseño de Tapa: Ezequiel Bluvstein
Diseño de Interior: Alejandro Spina

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.



Índice

Prólogo, <i>por</i> Luis Alberto Quvedo	11
I. Después del posmodernismo. La reapertura del debate sobre la modernidad	17
II. Ciudades multiculturales y contradicciones de la modernización	67
III. Viajes e imaginarios urbanos	107

Prólogo

Este libro recoge las tres conferencias que pronunció en Buenos Aires el profesor Néstor García Canclini en el mes de julio de 1996, al ser invitado a dictar un Seminario con motivo de celebrarse los 175 años de la Universidad de Buenos Aires.

Las tres conferencias constituyen un viaje por los territorios esenciales de nuestra cultura latinoamericana de fin de siglo, y se enmarcan en las reflexiones que García Canclini viene desarrollando hace varios años sobre la hibridación cultural, la regionalización y globalización de nuestro continente y sobre el espacio urbano como un lugar privilegiado del intercambio material y simbólico del habitante latinoamericano. Y también tienen al *viaje* y a los *viajeros* de nuestras grandes ciudades como protagonistas de estas historias.

García Canclini se mueve en un territorio al que es difícil sacarle una foto : los cambios económicos, los procesos de globalización y las transformaciones culturales constituyen una familia de problemas que tienen una dinámica exasperante. Sin embargo, el método elegido para entender el funcionamiento urbano de la ciudad de México, por ejemplo, consistió precisamente en trabajar con fotos, ese registro

estático y parcial que fragmenta la ciudad y el tiempo, pero que en manos de un antropólogo se revela como un instrumento capaz de mostrar todo el vértigo de esos 1500 km cuadrados que ocupa la mancha urbana. Así como un átomo puede contener toda la información del universo, 52 fotos y diez grupos de viajeros son capaces de contener los 29 millones de viajes-persona que realizan por días los habitantes de la ciudad de México.

¿Es posible pensar la ciudad como un todo? Así como estamos obligados a reconstruir la cultura latinoamericana a partir de las marcas que han dejado sus diferentes procesos de hibridación, las ciudades de este continente también arrastran complejas historias políticas y económicas que permanecen en sus calles y edificios. En este sentido, la ciudad funciona como un palimpsesto que nos obliga a develar la superposición de escrituras que la componen. De esta forma, García Canclini descubre cuatro ciudades de México que conviven hoy en un mismo territorio y que dan como resultado eso que llamamos *Ciudad de México*.

En algún sentido, las hipótesis de globalización que plantea el texto van en contra de aquella vieja idea de "aldea global" que acuñó Marshall McLuhan. Ni el mundo debe ser aplastado por la imagen simple y natural de *aldea*, ni la globalización nos arrastra al mismo destino de consumo, de poder político, de participación en el ingreso, de imaginario ciudadano o de lugar relativo en la distribución desigual del capital simbólico. En realidad, García Canclini nos propone pensar la cultura de nuestra época tomando

como idea central la cuestión del Estado, los procesos de libre comercio e integración económica y la dinámica actual de nuestra industria cultural. Solo de esa manera podemos reconocer las tácticas que tienen hoy los ciudadanos latinoamericanos para aferrarse a la modernidad.

El tema de la modernidad y la modernización en América Latina sigue siendo entonces un tópico en la reflexión de García Canclini. Estas conferencias comienzan justamente por plantear la encrucijada cultural en la que se encuentra nuestro continente, donde el proceso modernizador no siempre favoreció el diálogo entre nuestras culturas. Sin embargo, el interrogante novedoso que nos propone el texto está referido a una de las contradicciones decisivas de este fin de siglo, a saber, la que se plantea entre el desarrollo tecnológico y los pactos de libre comercio que facilitan como nunca la comunicación entre las naciones, y las políticas neoliberales que desmantelan nuestra competitiva industria cultural y nos colocan en una situación cada vez más desventajosa en el mercado mundial.

García Canclini actualiza en estos ensayos la situación de la industria latinoamericana en materia de cine, video y televisión, mostrando uno de los aspectos más dramáticos de nuestra relación con los bienes culturales: en América Latina crece de manera alarmante la brecha entre la producción y el consumo de medios, sobre todo de los electrónicos. En efecto, mientras que en el continente se incrementan los circuitos comunicacionales y los bienes de

la industrial cultural, retrocede la producción propia tanto para el consumo del mercado interno como para las exportaciones. Y el tema es relevante porque el mundo de las comunicaciones se revela como un escenario clave para el futuro de nuestras sociedades y en especial de las grandes ciudades latinoamericanas.

En efecto, según la hipótesis de García Canclini, la industrialización ha dejado de ser el agente económico más dinámico en el desarrollo de las ciudades, como lo fue, por ejemplo, en período de la posguerra, y ha dado paso a un nuevo modelo de relaciones que se basa en la trama comunicacional en la que está emplazado un país o una región. Así, la geografía de una ciudad vive enormes modificaciones que son producidas más por la dinámica de sus comunicaciones -y especialmente de sus circuitos financieros- que por la fuerza que le imprime la radicación de industrias en los cinturones urbanos, como ocurrió en los años 50 y 60.

Finalmente, la reflexión de García Canclini nos coloca en medio de dos interrogantes que desbordan la problemática estrictamente cultural : por un lado, el problema del nuevo rol del Estado en América Latina, luego del desmantelamiento al que fue sometido por las políticas neoliberales, y por el otro, el tema de las modalidades actuales de la ciudadanía democrática. Ambas cuestiones reactualizan los temas de globalización política y económica que viven nuestras sociedades, pero colocándolos ahora en una perspectiva supranacional. Aquí se hacen

presentes los fenómenos que no reconocen fronteras : la contaminación ambiental, el tráfico de drogas y también la expansión sin límites de los circuitos de la información.

Como todos los textos que abren problemas, estas conferencias de García Canclini no tiene la pretensión de cierre o de palabra definitiva. Guardan para sí el valor de un diagnóstico fechado, de una fotografía que muestra un terreno en construcción. Pero sí contienen un desafío : el de seguir pensando el destino cultural y político de nuestra América Latina.

Luis Alberto Quevedo

I

Después del
posmodernismo

La reapertura del debate sobre la modernidad

Uno de los hechos significativos de la presente década es el desvanecimiento de la cuestión de la posmodernidad en los estudios culturales, tanto en Estados Unidos como en América Latina. Pese a la aparición de algunos libros y números de revistas dedicados, en años recientes, a las temáticas posmodernas, encuentro que se ha perdido el impulso innovador que los enfoques posmodernos exhibieron en los años ochenta. En la producción latinoamericana, si tomamos los libros publicados en los años noventa que se ocupan de la posmodernidad, los tres que tal vez podríamos considerar más significativos pueden ser leídos como discusiones acerca de la modernización. Estoy pensando en *América Latina: cultura y modernidad*, de José Joaquín Brunner¹; *Mundialização e cultura*, de Renato Ortiz²; y *Escenas de la vida posmoderna*, de Beatriz Sarlo³. Aun cuando el léxico posmoderno aparezca en los títulos o en los índices de éstos y otros libros, me parece que las cuestiones generadas por la llamada posmodernidad —más que constituir una tendencia específica de pensamiento e investigación— han contribuido a desafiar, reformular y enriquecer los análisis de la modernidad.

Como hace seis años publiqué un libro que trataba estas cuestiones, *Culturas híbridas*, quiero decir algo sobre cómo

¹ José Joaquín Brunner, *América Latina: cultura y modernidad*, México, Grijalbo, 1992.

² Renato Ortiz, *Mundialização e cultura*, Sao Paulo, Brasiliense, 1994.

³ Beatriz Sarlo, *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel, 1994.

veo lo que ha pasado desde entonces con las hipótesis modernas y posmodernas que allí se planteaban. El subtítulo ya colocaba esta oscilación entre modernidad y posmodernidad con ironía: «estrategias para entrar y salir de la modernidad». Sigo pensando que, para la agenda actual de los estudios culturales en América Latina, la cuestión decisiva no es si este continente es moderno o posmoderno, sino cómo y por qué la modernidad híbrida alcanzada durante los últimos siglos está desintegrándose, las innovaciones económicas, tecnológicas y socioculturales más recientes benefician a pequeñas minorías, y las posiciones conquistadas por algunos países latinoamericanos en el desarrollo moderno internacional se pierden o se transforman en condiciones cada vez más regresivas y dependientes. Quizá lo que hasta fines de los ochenta podía verse como las maneras en que los latinoamericanos entrábamos y salíamos de la modernidad parece adoptar hoy el aspecto de tácticas (ni siquiera estrategias) para mantenerse, o al menos quedar colgados de la modernidad.

¿Que significa esta reubicación para la noción de culturas híbridas? Debo subrayar que esta noción no puede definirse por sí sola. En mi libro está trabajada en relación con una constelación de conceptos. Algunos de los principales son: modernidad-modernización-modernismo, multiculturalidad, diferencia-desigualdad, heterogeneidad multitemporal. Repensar lo que ha ocurrido con las culturas híbridas es hacer una discusión de familia: o sea, pensar las culturas híbridas en su parentesco con otros procesos vecinos.

Nuevos caminos para hibridarse: las integraciones regionales

Hablar ahora de hibridación también requiere ocuparse de los procesos de libre comercio e integración económica y sociocultural que se han desarrollado en la presente década: Tratado de Libre Comercio entre México, Estados Unidos y Canadá, el Mercosur, y otros acuerdos comerciales, culturales y geopolíticos —entre los países americanos y con la Unión Europea— que están multiplicándose aceleradamente.

¿Cómo se sitúa América Latina, continente de intensas hibridaciones pero con baja integración, ante estos procesos apurados, que suelen asociarse a la globalización y a las particulares consecuencias que acarrea el modo neoliberal de practicarla?

Voy a responder a esta pregunta con dos afirmaciones en conflicto. La primera es que si en América Latina hay integración y posibilidades de que las culturas dialoguen esgracias al proceso modernizador. Pero, a la vez, la manera en que se ha realizado esta modernización obstruye empujantemente que el diálogo entre nuestras culturas sea productivo. Agregaré una tercera hipótesis para alejar cualquier riesgo de optimismo consolador: una contradicción decisiva de este fin de siglo es que en el momento en que los avances tecnológicos y los pactos de libre comercio facilitan la comunicación entre las naciones, las políticas neoliberales desmantelan lo que en las sociedades latinoamericanas había hecho posible una inserción competitiva

en el mercado mundial y nos colocan en condiciones cada vez más desventajosas.

A fin de convencerlos de que estos malos augurios no surgen del pesimismo sino del diagnóstico y el pronóstico más verosímiles que podemos hacer, voy a someter el modelo de análisis sobre la modernidad que elaboré en el libro *Culturas híbridas* a los datos que ofrece la crisis actual de desarrollo económico y cultural de los países latinoamericanos. Si partimos de lo que podríamos llamar *las teorías de la modernidad ilustrada*, tal como fueron concebidas por Jürgen Habermas y Marshall Berman, o de las definiciones sobre el arte y la literatura modernos de Pierre Bourdieu, Howard S. Becker y Frederic Jameson, creo factible, pese a las diferencias entre esos autores, comprender la modernidad en torno a cuatro procesos: *emancipación, renovación, democratización y expansión*¹.

Emancipación. Las sociedades latinoamericanas vivieron este proceso a medida que secularizaron los campos culturales. La ciencia, el arte y la literatura alcanzaron una autonomía menos extendida e integrada que en las metrópolis, pero notablemente mayor que en Asia y África. Desde el siglo XIX, las estructuras políticas se liberalizaron y se racionalizó la vida social. La difusión del positivismo, en algunos

¹ Amplío en las tres próximas páginas, con nuevos datos, el análisis expuesto en el artículo «Una modernización que atrasa», *Journal of Latin American Anthropology*, Vol. 1, Nro. 1, Arlington, Va., 1995, p. 2-19.



Nacho López, Paseo de la Reforma. De la serie México de noche. Colección Fototeca del INAH.

países tan vasta como en Europa, promovió las humanidades y las ciencias, y una reforma universitaria, iniciada en la Argentina, que logró universidades laicas, organizadas con la participación democrática de los estudiantes, cincuenta años antes que los movimientos de 1968 lo consiguieran en Francia, Alemania e Italia.

Los resultados de este proceso resultan alentadores si se comparan, por ejemplo, ciertas cifras de 1950 con las de fines de los ochenta. A mediados de siglo, «el 61% de la población era rural; la tasa de analfabetismo de los mayores de 15 años alcanzaba a casi 50% y la tasa de escolarización bruta en el nivel secundario apenas llegaba a un 7%». Al terminar la década pasada «las tasas brutas de escolarización son de 100% en la educación primaria y de más del 50% en la secundaria. La proporción de la población mayor de 25 años con educación postsecundaria asciende, en varios países, a 5%-7%, cifra comparable a la de Austria, Hungría e Italia»³.

Sin embargo, en los años ochenta y noventa las inversiones estatales en educación pública cayeron a la mitad, debido a la misma política de ajuste que lleva a más de 50 por ciento la deserción en las escuelas primarias. La reducción de las inversiones públicas en todos los niveles educativos y en investigación científica y tecnológica ha acentuado la distancia entre los países latinoamericanos y las metrópolis. En tanto, se expanden los fundamentalismos religiosos,

³ José Joaquín Bruner, *Tradicionalismo y modernidad en la cultura latinoamericana*, Santiago de Chile, FLACSO, 1990.

étnicos y políticos, como si amplios sectores de nuestras sociedades prefirieran desandar el laicismo de la modernidad y reencontrar doctrinas sagradas y autoridades carismáticas «indudables» a las cuales confiar, más que su vida, su destino.

Renovación. Aquella secularización de las creencias y las costumbres hizo posible la innovación cultural y social. Esto se comprueba en el crecimiento acelerado de la educación media y superior, en la experimentación artística y literaria durante el siglo XX, en el dinamismo con que los campos culturales se adaptan a las innovaciones tecnológicas y sociales. Eric J. Hobsbawm subrayó hace pocos años que «tres de los países más desarrollados y educados —Alemania, Francia y Gran Bretaña— con una población total de 150 millones, no contaban antes de la segunda guerra mundial» con más de 150 mil estudiantes universitarios. En los años 80, el pequeño Ecuador tenía más del doble»⁴.

Pero, en los últimos años, además de achicarse el presupuesto educativo, por primera vez baja la matrícula en muchas universidades: algunos sectores medios y populares están descartando a la educación superior como vía de ascenso social. Cierren masivamente las librerías y los cines, dos áreas claves de la modernización cultural, que en la Argentina y México contaron entre los años '40 y los '60 con industrias

⁴ Eric J. Hobsbawm, «Crisis de la ideología, la cultura y la civilización». Coloquio de invierno.

vigorosas. Varias editoriales sobrevivientes son compradas por empresas españolas, italianas o estadounidenses. Los gobiernos se retiran del financiamiento a la cultura, cierran organismos que promovían la creatividad y difusión de las artes cultas y populares. Las empresas privadas, a las que según la doctrina neoliberal debiera cederse la iniciativa económica, no tienen en la América Latina hábitos de patronazgo cultural. Pero, además, la recesión general y las dificultades de la competencia internacional los desalientan para estrenarse como mecenas. Sólo las transnacionales de la comunicación, como Televisa y Globo, aumentan sus inversiones, únicamente en las áreas de recuperación más segura (televisión, video y revistas masivas). Como escribió recientemente Jesús Martín Barbero, «en la 'perdida década' de los ochenta la única industria que se desarrolló en América Latina fue la de la comunicación. El número de emisoras de televisión se multiplicó —de 205 en 1970 pasó a 1459 en 1988—, Brasil y México se dotaron de satélites propios, la radio y la televisión abrieron enlaces mundiales vía satélite, se implantaron redes de datos, antenas parabólicas y T.V. cable, se establecieron canales regionales de televisión. Pero todo ese crecimiento se realizó siguiendo el movimiento del mercado sin apenas intervenciones del Estado, más aún minando el sentido y las posibilidades de esa intervención, esto es dejando sin piso real el espacio público y acrecentando las concentraciones monopólicas»⁷. Diré, además, que

⁷ Jesús Martín Barbero, «Comunicación e imaginarios de la integración», *Taller de Comunicación*, Cali, 1995, p.2.

es necesario analizar cómo se articula este crecimiento privatizador, en detrimento de lo público, con una estética mercantil, sin riesgos, descafeinada. Para esas empresas la innovación cultural, la experimentación artística y la función crítica son antagónicas con el rédito comercial.

Democratización. Las estructuras políticas fueron admitiendo mayor participación ciudadana, con sobresaltos, con demasiadas interrupciones y con procedimientos distintos de los imaginados por el liberalismo clásico. La democratización se produjo al principio, como esa tendencia lo previó desde la Revolución Francesa, por la expansión educativa, la difusión del arte y la ciencia, la participación en partidos políticos y sindicatos. Pero, en la segunda mitad del siglo XX, la democratización y la modernización de la cultura política fueron impulsadas, sobre todo, por los medios electrónicos de comunicación y por dispersas organizaciones juveniles, urbanas, feministas, de derechos humanos y algunas muy críticas de la modernización, como las indígenas y las ecologistas.

A esta fragmentación social y a la mediatización electrónica se debe, en parte, que la democratización posterior a las dictaduras de los años '70 y '80 exhiba un paisaje poco alentador. No pasamos del autoritarismo militar y de los regímenes monopartidistas (tipo México) a sistemas de representación plural que hagan posible ampliar la participación y enfrentar en forma eficaz los dramas crónicos de nuestras sociedades. En los países donde el voto es voluntario más de la mitad se abstiene; donde es obligatorio, un 30

ó 40 por ciento del electorado no sabe por quién votar una semana antes de los comicios. La esfera pública es un escenario de descreimiento: se organiza cada vez menos por medio de la participación popular. La negociación de la deuda y los ajustes económicos, los acuerdos de libre comercio y las privatizaciones son decididos por negociaciones entre tecnoburócratas y empresarios. Los sindicatos y los movimientos sociales se enteran por los diarios y la televisión. (El plebiscito uruguayo de 1992, en el que la mayoría rechazó las privatizaciones, queda como una excepción).

La videopolítica convierte los intercambios de información y las polémicas, que eran los núcleos de la esfera pública moderna, en espectáculos donde las acciones son reemplazadas por actuaciones y simulacros. La confrontación de argumentos o la negociación razonada ceden lugar a las anécdotas farandulescas de los políticos y a la repentina conversión de actores y vedetes en gobernantes⁸. «Lo que no pasa por los medios no pasa por la política», dicen en muchos países. Algunos sociólogos ven estos cambios como una reorganización posmoderna de lo público. La democratización promovida por los movimientos sociales que emergen

⁸ Este proceso de farandulización no es exclusivo de la política. Se encuentra también en la trivialización massmediática de los debates académicos e intelectuales, lo cual tiene que ver con las relaciones entre cosmopolitismo y emancipación. No puedo ocuparme aquí de esta cuestión, pero sugiero ver cómo se plantea en la polémica entre filósofos anglosajones y franceses en el artículo de Richard Rorty «Cosmopolitanism without emancipation: a response to Lyotard», en Scott Lash y Jonathan Friedman, *Modernity and Identity*, Oxford y Cambridge, Blackwell, 1992.

fuera de los partidos y las solidaridades políticas formadas en torno de personajes massmediáticos serían «como una reivindicación de la integración social» o del «deseo de comunidad», que compensaría la desintegración producida por la economía neoliberal⁹.

En cambio, otros analistas de las sociedades latinoamericanas no perciben este proceso como una reformulación de la democracia. Encuentran que el descreimiento hacia los partidos y sindicatos, junto con el debilitamiento de movimientos sociales alternativos, la corrupción y burocratización de los líderes intermedios y la videopolítica, variaron la esfera pública. La democratización electoral y el mayor reconocimiento de los derechos individuales son asfixiados por el agravamiento de la desigualdad y la «precarización» de la mayoría. Los resultados son el «despedazamiento» del tejido social, la destrucción de las identidades colectivas y «la apatía de enormes agregados sociales, especialmente del medio popular». Más que un deseo de integración o comunidad, ellos ven una «erosión de las identidades intermedias» que debieran actuar «entre lo social disperso y el Estado» neoliberal: las clases medias y altas se integran a la nueva política económica mediante «un individualismo posesivo centrado en el consumo personalizado»; los sectores populares, excluidos o amenazados de

⁹ Norbert Lechner, «La búsqueda de la comunidad perdida: los retos de la democracia en América Latina», *Sociológica*, año 7, Nro. 19, México, UAM-Azcapotzalco, mayo-agosto, 1992.

exclusión, se repliegan en la familia y la banda juvenil, en el «utilitarismo salvaje» y la anomia¹⁰.

Expansión. Éste es el rasgo menos logrado de nuestra modernidad. Si lo entendemos como la extensión del conocimiento y la apropiación de la naturaleza, de la producción y el consumo de bienes, su fuerza se extenuó con la urbanización, la industrialización y la euforia desarrollista de los años '50 y '60. Desde entonces, se contrajo la participación latinoamericana en el comercio mundial y en la innovación tecnológica, bajaron los salarios y el consumo interno de todos los países. Lo único que aumenta es la especulación financiera y la corrupción, la deserción escolar y la inseguridad urbana.

No obstante, la regresión de la última década no es generalizada. En los años 80 el 5% de la población más rica mantuvo o aumentó sus ingresos, mientras el 75% sintió que los suyos se reducían. Algunos de los que dejaron de producir, generando desempleo y contracción del nivel de vida de la mayoría, se dedican a importar y especular, con lo cual ganan más que si contribuyeran a expandir el producto nacional. La reactivación del producto interno bruto registrada en 1991 (3,5 por ciento), que parecía superar la depresión de

¹⁰ Véanse los artículos de Eugenio Tironi, «Para una sociología de la decadencia», *Proposiciones 12*, Santiago de Chile, Sur Ediciones, 1992, y de Sergio Zermeno, «Desidentidad y desorden: México en la economía global y el libre comercio», *Revista Mexicana de Sociología*, Nro. 3, julio-septiembre, 1991.

los '80, muestra su fragilidad al descender nuevamente en el año siguiente¹¹ y sufrir luego caídas verticales, hasta llegar a cifras de crecimiento negativo con la crisis financiera internacional iniciada en diciembre de 1994: la huida de capitales de la región, las quiebras de muchos bancos, industrias y comercios, y el aumento de la desocupación a 21% en promedio se acompañan con estallidos de descontento en Argentina, Brasil, México, Venezuela y otras naciones¹².

Aun en países como Chile, donde la reactivación económica fue un poco más prolongada, no se aprovecha para mejorar el gasto social ni cultural, de manera que no corrige los rezagos acumulados en décadas pasadas.

Contradicciones de fin de siglo

Esta situación recesiva, con accentuación de las desigualdades internas y hacia el exterior de los países latinoamericanos, es hoy mucho más evidente que en la década de los ochenta. Por eso, es necesario repensar las actuales condiciones de hibridación en medio de los movimientos de integración regional y global. ¿Qué significa sostener, en 1996, que América Latina no avanza en forma homogénea y conjunta en la modernización, que la heterogeneidad multitemporal y multicultural que la constituye no es un obstáculo a eliminar

¹¹ CEPAL, *Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe*, 1992, 18 de diciembre de 1992.

¹² *Una cultura para la democracia*, documento de la Universidad de Maryland, mayo de 1995, p. 4-5.

si no un dato básico en cualquier programa de desarrollo e integración?

Una primera especificación es que la heterogeneidad no sólo es resultado de diversidades étnicas y regionales. También deriva de desiguales accesos a los bienes modernos. Pocos conflictos lo explicitan en forma tan elocuente como los que vienen ocurriendo en México a partir del 1.º de enero de 1994: el mismo día en que entró en vigencia el Tratado de Libre Comercio entre México, Estados Unidos y Canadá se inició en Chiapas una sublevación indígena que, además de cuestionar la explotación y la injusticia sufridas por las etnias y los campesinos de esa región, impugna el T.L.C. Como escribió José Emilio Pacheco, «El día en que íbamos a celebrar nuestra entrada en el primer mundo retrocedimos un siglo...» «Creímos y quisimos ser norteamericanos y nos salió al paso nuestro destino centroamericano».

Esta sensación de vivir a la vez en varios siglos puede encontrarse en cualquier otro país de América Latina. Basta recordar el hecho de que en la Argentina, Bolivia, Perú y muchos otros lugares del continente retorne el cólera, una peste que creíamos del siglo XIX. La contribución de los gobernantes argentinos al diálogo latinoamericano ha consistido en acusar a los inmigrantes bolivianos o peruanos en vez de admitir que el cólera, la reaparición de otras enfermedades «premodernas» como la tuberculosis y el sarampión o el agravamiento de la deserción escolar y la violencia urbana, tienen más que ver con la corrupción y las vacunas vencidas, con la pérdida del 10% del poder adquisitivo en



Nocho López, Avenida Insurgentes. De la serie México de día, ca. 1950. Colección Fototeca del INAH

los salarios en la última década y con la miseria que agobia hoy a más del 50% de la población latinoamericana¹³.

Esta agudización de las contradicciones y desigualdades internas tiene su correlato en el agravamiento del desigual intercambio económico y cultural entre los países latinoamericanos y las metrópolis. Es necesario prestar atención a la complejidad y a las ambivalencias con que está ocurriendo este proceso. Por ejemplo, al hecho de que en algunos sectores y en relación con ciertos bienes el consumo de las mayorías se ha contraído. Pero, en otros aspectos, se observa una expansión del consumo, sobre todo de bienes y mensajes importados, al mismo tiempo que se aclican las estructuras productivas internas de los países latinoamericanos.

Si bien los países latinoamericanos han experimentado un proceso de modernización en el consumo de bienes y mensajes culturales, acentúan año tras año su lugar periférico en la producción y comercialización de productos culturales. En 1980, América Latina y el Caribe exportaron 342 millones de dólares en bienes culturales (0,8% de las exportaciones mundiales) e importaron 1.747 millones de dólares, con un déficit de 1.405 millones en su balanza de pagos. Es notoriamente desventajosa esta relación entre lo vendido y lo comprado, pero además es bajo el volumen de importaciones culturales (4,5% de las importaciones mundiales) si se considera que nuestro continente tiene el 9% de la

¹³ Véanse los estudios de la OIT, *El trabajo en el mundo*, Ginebra, 1992, y de la CEPAL, *Marginidad de la pobreza en América Latina*, Santiago, 1991.

población mundial. El M.C.E., con 7% de la población mundial, exporta 37,5% e importa 43,6% de todos los bienes culturales comercializados¹⁴. Si ésta era la situación al comienzo de lo que se llamó la 'década perdida', las cifras empeoraron en los quince años posteriores. Veamos una rápida descripción desglosada por sectores de las industrias culturales.

Editoriales. En este campo, donde Argentina y México contaron, entre 1940 y 1970, con una próspera producción de libros y revistas nacionales, así como múltiples traducciones de obras importantes en humanidades y ciencias sociales, las cifras de ventas se derrumban durante los ochenta, quiebran decenas de editoriales, decae el comercio intrarregional y con otras áreas. En 1987, se importaba de España el «41% de toda su producción librera (127 millones de dólares de un total de 309 millones), mientras que sólo se exportaba el 7% (5,4 millones de dólares), con un incremento de sólo 2 veces en 20 años y un déficit en la balanza de 24 a 1, en 1968»¹⁵. Esta declinación resulta paradójica si se tiene en cuenta que editar libros en América Latina era, a finales de los ochenta, más barato que en Europa, y que durante los setenta y los ochenta en nuestra región creció notablemente la población universitaria.

¹⁴ Manuel Antonio Garretón, «Políticas, financiamiento e industrias culturales en América Latina y el Caribe», documento de la 3ra. reunión de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo de la UNESCO, San José, Costa Rica, 22-26 de febrero de 1994.

¹⁵ *Ídem*, p. 16.

Cine. La combinación de la crisis internacional del cine con la recesión de las sociedades latinoamericanas provocó una caída fuerte de la producción en este campo y un cierre masivo de salas. Países como México, Argentina y Brasil, que llegaron a producir en la posguerra más de 100 películas anuales, no han llegado en la última década a un promedio de 10 filmes por año, y encuentran imposible, en muchos casos, recuperar la inversión. La pérdida de espectadores llevó a cerrar, durante los años ochenta, aproximadamente la mitad de las salas cinematográficas en América Latina. Los cines mexicanos, que recibieron en 1984 a 410 millones de personas, registraron en 1991 apenas 170 millones¹⁶. En una sociedad con fuerte tradición cinematográfica, como la Argentina, siete provincias ya no tienen salas de cine¹⁷. Si bien esta decadencia de las salas corresponde a una tendencia internacional de declinación de los espectáculos públicos y auge de la cultura a domicilio (radio, televisión y video), se presenta con más gravedad en los países latinoamericanos por la pérdida de apoyo de fondos públicos y la lenta readecuación de las cinematografías nacionales a las nuevas condiciones de coproducción transnacional y de comercialización multimedia, que se han vuelto indispensables para revitalizar esta industria. Salvo excepciones fugaces, ni los Estados ni los empresarios privados se muestran

¹⁶ Para un análisis de las múltiples causas de este decaimiento, véase de Néstor García Canclini (Coord.) *Los nuevos espectadores. Cine, televisión y video en México*, México, C.N.C.A., I.M.C.I.N.E., 1994.

¹⁷ Información de la Subsecretaría de Cultura de la Argentina.

capaces, o interesados, en promover películas culturalmente representativas de América Latina y estéticamente competitivas en el mercado internacional.

Televisión y video. Actualmente se ven más películas que en cualquier época anterior.

Pero se ven en la casa: en la televisión o en video. De los 16 millones de hogares mexicanos, más de 13 millones cuentan con televisor y más de 6 millones con videocasetera. Existen unos 9.500 videoclubes distribuidos en todo el país, incluso en zonas populares y en pequeños pueblos campesinos¹⁸. Una expansión semejante de los entretenimientos audiovisuales a domicilio se observa en los demás países, aunque en algunos casos la televisión por cable se convierte en el negocio más próspero: el país donde el cable presenta mayor expansión es Argentina, que en las grandes ciudades alcanza el 60% de hogares.

Pero, en conjunto, América Latina está muy mal colocada en el aprovechamiento productivo de estos nuevos circuitos comunicacionales, y peor aún en la exportación. Los países latinoamericanos transmiten en promedio más de 500 mil horas anuales de televisión: en Colombia, Panamá, Perú y Venezuela hay más de una videocasetera por cada tres hogares con televisión, proporción más alta que en Bélgica

¹⁸ Hay 9.589 videoclubes registrados en México, pero se estima que alrededor de un 30% cerró en los últimos años o fue reemplazado por los macrovideocentros. No existen cifras exactas de los que subsisten porque casi nunca los que desaparecen se dan de baja.

(26,3%) o Italia (16,9%)¹⁹. Somos subdesarrollados en la producción endógena para los medios electrónicos, pero no en el consumo audiovisual.

Esta asimetría entre una producción propia débil y un consumo elevado, se manifiesta como una baja representación en las pantallas de las culturas nacionales o latinoamericanas y una enorme presencia de entretenimientos e información originados en EE.UU. Pero este desnivel no es igual en todas las sociedades. Deben distinguirse, como lo hace Rafael Roncagliolo, los países exportadores e importadores. Más precisamente, existen sólo dos, Brasil y México, que están «incorporados a la economía global de bienes culturales, y son sedes de gigantes del audiovisual, Red Globo y Televisa respectivamente». Ambas empresas lograron la posición hegemónica en la región gracias a varios factores: (a) mercados domésticos de partida bastante grandes (que, en el caso de Televisa, incluye el mercado hispanohablante de los Estados Unidos); y (b) alianzas políticas que les aseguraron la protección de sus respectivos gobiernos (el gobierno militar en Brasil, el PRI en México). Pero lo cierto es que se trata de dos situaciones aisladas. Aisladas, pero diferentes: «Globo es básicamente un exportador de audiovisuales, que condujo a Brasil

¹⁹ Información del *World Communications Report* publicado por la UNESCO en 1990, citada por Rafael Roncagliolo, «La integración audiovisual en América Latina: Estados, empresas y productores independientes», ponencia presentada al simposio *Políticas culturales en procesos de integración supranacional*, México, 3 al 5 de octubre de 1994.

al cuarto lugar como productor y tercero como exportador audiovisual, pero no ha transnacionalizado su producción; Televisa, en cambio, actúa en la región como una genuina corporación transnacional, que compra canales e internacionaliza sus actividades productivas»²⁰.

Luego, hay unos pocos países «incipientemente exportadores»: «Argentina, Venezuela, y en menor medida Colombia, Chile y Perú (que actualmente sólo exporta una serie infantil de televisión). Estos países medianos están en segunda fila para el acceso a cualquier liberalización hemisférica». «Su situación es ambigua, pues por un lado están buscando mercados para su producción cultural y, por el otro, tienen que defenderse frente a la penetración, ya no sólo de las empresas extra-regionales, sino de las propias transnacionales latinoamericanas, como Televisa»²¹.

Fu tercer lugar, se encuentra el resto de los países que son «metamente importadores», donde la casi totalidad de los mensajes proceden de Estados Unidos.

Aunque aun donde se cuenta con mayor producción propia, como en la televisión brasileña, mexicana y argentina, en promedio el 70% de las películas y series son importadas de EE.UU., y los programas de este país ocupan más del 50% del *prime time*.

El desequilibrio entre la débil producción endógena y el consumo crecientemente importado se acentúa en la medida

²⁰ *Ídem*, p. 6.

²¹ *Ídem*.

en que los medios masivos «clásicos» (radio, cine, televisión) se integran en autopistas de la comunicación. A este proceso de concentración tecnológica se agrega la reorganización monopólica de los mercados que subordinan los circuitos nacionales a sistemas globales (transnacionalizados) de producción y comercialización.

Como sabemos, la fusión de la informática con las telecomunicaciones y, especialmente, la transmisión por satélite y por redes de cable óptico, están permitiendo usar en nuevas formas los «viejos» medios de comunicación: combinan el teléfono, el cine, la televisión y el video en sistemas transnacionales de interacción que vinculan simultáneamente a los circuitos que estos medios poseen en los países más alejados. Estas autopistas comunicacionales, que potencian los efectos transformadores de las previas innovaciones tecnológicas, están cambiando la comunicación científica (correo electrónico, telemedicina), la ofimática (informática en las oficinas), los servicios bancarios e interempresariales, y, por supuesto, la distribución de espectáculos culturales. Las empresas transnacionales programan la circulación de películas, caricaturas y noticias en muchos países latinoamericanos, africanos y asiáticos, y cada vez más en algunos países europeos. Antes de que termine esta década, las películas estadounidenses llegarán por satélite a las salas de exhibición de centenares de ciudades en todos los continentes, sin las limitaciones aduaneras de los filmes enlatados y los videos. Además, se generaliza el acceso desde la televisión y la computadora hogareña a los videojuegos, las

telecompras, la información nacional e internacional. Aun las «bellas artes» (literatura, teatro, música, ópera) y ciertas producciones populares o étnicas se insertan en estos circuitos massmediáticos para expandir su audiencia y obtener financiamiento. Pavarotti y García Márquez, varios músicos brasileños, y pintores como Botero y Tamayo, por ejemplo, dejaron de ser objetos de prácticas culturales minoritarias o sólo de interés local.

De este modo, las industrias comunicacionales se colocan entre los agentes económicos más dinámicos, con mayor capacidad para generar inversiones y empleos, en suma, ocupan un lugar clave como impulsoras del desarrollo y de los intercambios multiculturales. Quizá no hay datos más elocuentes de esta tendencia que el hecho de que en los Estados Unidos las industrias audiovisuales ocupan el segundo lugar como fuente de ingresos por exportaciones luego de la industria aeroespacial.

¿Quiénes van a manejar estas redes en los próximos años? La producción audiovisual de información y entretenimiento está mayoritariamente en manos estadounidenses, mientras el 70% de las ventas mundiales de aparatos electrónicos para el gran público es controlado por firmas japonesas. Basta mirar la recomposición del diseño y del equipamiento en las casas y las calles de las ciudades latinoamericanas para comprobar que gran parte de la hibridación ahora existente se produce por la combinación de los productos de Ford y Sony, Hollywood y Nikon, el americanismo de Nueva York y

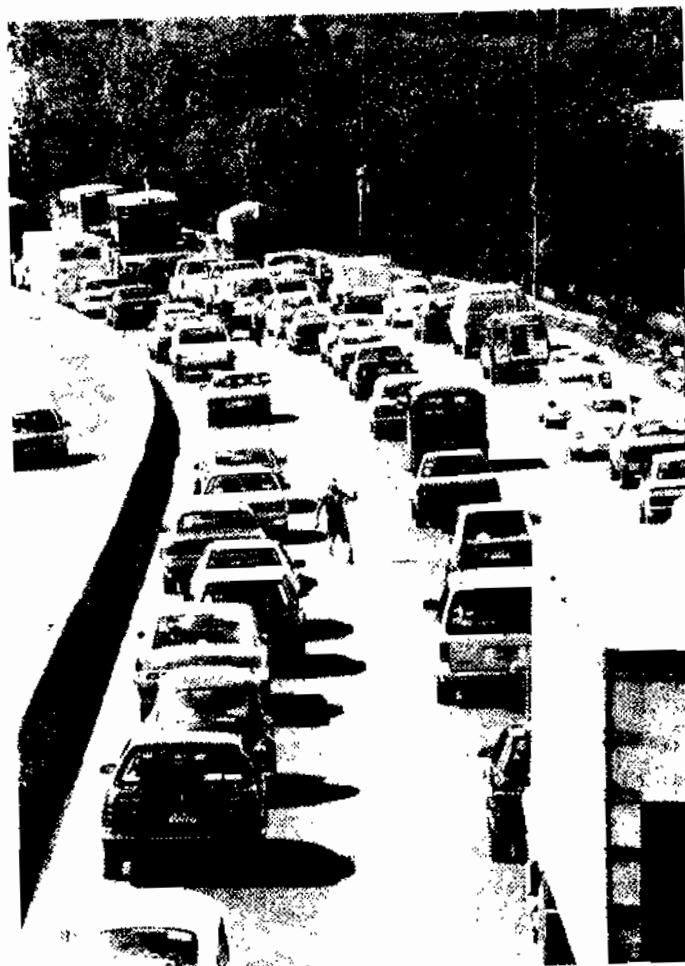
de Miami iluminado por las mezclas de artesanías milenarias y sofisticación tecnológica de las lámparas japonesas.

Desigualdades en el consumo

Este reordenamiento del mundo puede sintetizarse en dos palabras: el pasaje de la internacionalización a la globalización. Llamamos internacionalización a la apertura de las fronteras geográficas de cada sociedad para incorporar bienes y mensajes de otras culturas. En un período de globalización, en cambio, se produce una interacción funcional de actividades económicas y culturales dispersas, generadas por un sistema con muchos centros, en el que son más decisivas la velocidad para recorrer el mundo y las estrategias para seducir a los públicos que la inercia de las tradiciones históricas locales.

¿Cómo acompañan las audiencias esta reorganización de los mercados culturales? Al debilitarse el peso de las tradiciones locales, se ha formado un folclore-mundo o, como lo llama Renato Ortiz, una «cultura internacional-popular»²²; las comunidades de consumidores se organizan cada vez menos según diferencias nacionales y, sobre todo en las generaciones jóvenes, definen sus prácticas culturales de acuerdo con información y estilos homogenizados, captables por los receptores de diversas sociedades con independencia de

²² Renato Ortiz, *Mundialização e cultura*, cit. cap. IV.



Paolo Gasparini, 1994.

sus concepciones políticas, religiosas o nacionales. Los consumidores de todas las clases sociales son capaces de leer las citas de un imaginario multilocalizado que la televisión y la publicidad agrupan: los ídolos del cine hollywoodense y de la música *pop*, los logotipos de *jeans* y tarjetas de crédito, los héroes deportivos y los políticos de varios países, componen un repertorio de signos en constante disponibilidad.

Hay que aclarar en seguida que este reordenamiento global de las culturas no elimina las desigualdades ni la asimetría entre las metrópolis y las sociedades periféricas. Sin embargo, tampoco estamos en un régimen de desigualdades comprensible con nociones de otro tiempo, como colonialismo o imperialismo. Es necesario construir una nueva conceptualización que vincule las desigualdades con las hibridaciones, de acuerdo con esta descentralización de los mercados globalizados, que ya no puede ser explicada, como lo hace Homi K. Bhabha, oponiendo la hibridación colonial a la hibridación de la resistencia. Estoy de acuerdo con este autor en varios de sus sutiles análisis acerca de la hibridación, sobre todo cuando critica a quienes examinan las formas híbridas que se establecen entre dos culturas como si sólo fuera un asunto de relativismo y no de relaciones de poder²³. Pero, las disputas culturales por el poder no pueden analizarse en América Latina como problemas «poscoloniales», a la manera de Homi Bhabha y de algunos

²³ Homi K. Bhabha, *The location of culture*, Londres y Nueva York, Routledge, 1994.

latinoamericanistas, porque nuestro continente dejó de ser colonia hace casi dos siglos. Deben repensarse, ahora, en relación con el carácter desterritorializado de la dominación, o mejor, de la hegemonía.

Hemos visto que la ineficiente adaptación de las industrias culturales latinoamericanas y la recesión económica de la última década han empobrecido la producción endógena y las posibilidades de participar competitivamente en la globalización. El adelgazamiento del gasto público y las débiles acciones privadas, salvo de unas pocas macroempresas transnacionales, nos colocan ante esta paradoja: se promueve mayor comercio entre los países de América Latina y de éstos con las metrópolis cuando estos países producen menos libros, menos películas y menos discos. Se impulsa la integración en el momento en que se tienen menos bienes culturales para intercambiar y el deterioro de los salarios afecta el consumo de las mayorías.

Esta colocación regresiva de la producción cultural latinoamericana en los mercados internacionales es aún más dramática en el campo de las tecnologías avanzadas y las autopistas de la comunicación: satélites, computadoras, faxes y los demás medios que suministran la información para tomar decisiones e innovar. Todo lleva a prever que la subordinación de los países latinoamericanos se agudizará al eliminar los acuerdos de libre comercio (T.L.C., Mercosur, etc.), los aranceles a la producción extranjera y reducir los pocos subsidios al desarrollo tecnológico local. Una mayor dependencia cultural y científica en las tecnologías

comunicacionales de punta, que requieren altas inversiones financieras y, a la vez, generan innovaciones más rápidas, volverá a las sociedades iberoamericanas más vulnerables a los capitales transnacionales y a orientaciones culturales generadas fuera de la región. Por eso, la multiculturalidad y sus desigualdades se conforman ahora no sólo por la convivencia de tradiciones históricas diversas sino debido a la estratificación engendrada por el desigual acceso de los países, y de los sectores internos de cada sociedad, a los medios avanzados de comunicación transnacional.

Las nuevas formas de desigualdad comunicacional entre países centrales y periféricos, así como entre los estratos económicos y educativos dentro de cada sociedad, engendran nuevas injusticias en el desarrollo social. Grandes masas ven limitada su incorporación a la cultura global por el acceso exclusivo a la primera etapa de las industrias audiovisuales: los entretenimientos y la información que circulan en la radio y la televisión gratuitas. Grupos minoritarios de las clases medias y populares han podido actualizar y sofisticar su información como ciudadanos al participar en una segunda etapa del uso de medios comunicacionales, que abarca los circuitos de televisión por cable, la educación ambiental y sanitaria, la información política de videos, etc. Son, más bien, las élites empresariales, políticas y académicas las que logran conectarse con las modalidades más activas de comunicación, es decir, con ese tercer sistema que incluye el fax, el correo electrónico, las antenas parabólicas, la información y el intercambio lúdico; desde la filmación de

videos aficionados hasta la construcción de redes electrónicas internacionales de tipo horizontal (por ejemplo, Internet). Sólo reducidos sectores populares participan de estos últimos circuitos por medio de la producción de periódicos, radios y videos comunitarios.

¿De qué modo formarse y actuar como ciudadano en esta nueva etapa? Parece difícil que, sin un acceso generalizado a las dos últimas modalidades de comunicación, puedan desarrollarse modalidades democráticas actuales de ciudadanía, o sea, vinculadas con la información internacional y con capacidad de intervenir significativamente en los procesos de integración global y regionales. La dimensión multinacional de problemas como la contaminación ambiental, el tráfico de drogas y las innovaciones tecnológicas y culturales, requieren que los ciudadanos posean información que trascienda los espacios locales o nacionales. Por lo tanto, las políticas culturales deben coordinar acciones adecuadas a lo que podemos llamar *la esfera pública supranacional*²¹.

Un replanteamiento supranacional de las políticas culturales, como el que proponemos aquí, necesita combinarse

²¹ La Comisión Económica para América Latina es uno de los pocos organismos internacionales de la región que comienza a ocuparse de estas cuestiones. Véase el documento *La industria cultural en la dinámica del desarrollo y la modernidad: nuevas lecturas para América Latina y el Caribe*, LC/G. 1823, 14 de junio de 1994. Asimismo, cabe destacar el libro *Our Creative Diversity. Report of the World Commission on Culture and Development*, Paris, UNESCO, 1995, especialmente los caps. 4 y 9.

con una nueva visión de las culturas étnicas y regionales que, por cierto, no desaparecen en el proceso de globalización. Además de la subsistencia de artesanías y ceremonias tradicionales, de saberes e interacciones locales, las películas y las telenovelas siguen nutriéndose en algunos fragmentos de las culturas históricas. Junto con la desterritorialización de las artes, hay fuertes tendencias hacia la reterritorialización, representadas por movimientos sociales que afirman lo local y también por procesos massmediáticos: radios y televisiones regionales, creación de micromercados de músicas y bienes folclóricos, la «desmasificación» y «mestización» de los consumos para engendrar diferencias y formas de arraigo locales.

Pero es innegable que en muchos países, sobre todo en las ciudades grandes y medianas, donde en América Latina vive el 70% de la población, las simbólicas nacionales y étnicas están dejando de ser los principales referentes de identidad y de cohesión social. Se trata, entonces, de repensar cómo pueden articularse de un modo equitativo y creando la homogénea transnacionalización de los estilos de información y entretenimiento con las aspiraciones de continuidad de las culturas locales y nacionales. El problema es entender cómo se reorganizan las identidades distintivas de cada pueblo en procesos internacionales de segmentación e hibridación intercultural.

Hacia una agenda de estudios culturales

Privatización, «estética» del *rating*, subordinación de las culturas latinoamericanas a los grandes monopolios

metropolitanos, contradicciones entre globalización y fundamentalismos locales: es en este contexto que hoy tiene algún sentido hablar de lo que queda de diálogo entre culturas e integración latinoamericana; o quizá, latino-norteamericana. Pero ¿qué es lo que queda? ¿Qué es lo que puede quedar? Encuentro dos futuros posibles.

1. El primero, que ya está aquí, es el que nos propone el mercado. En su pretensión de vender más a menores costos promueve una cultura-mundo, cuya fórmula más elocuente son las narraciones espectaculares de Coppola, Spielberg y Tarantino, fabricadas a partir de mitos inteligibles para todos los espectadores, con independencia de su cultura, nivel educativo, historia nacional o desarrollo económico: parques jurásicos, Franksteins y, últimamente, los tontos con éxito. La globalización mercantil también está reorganizando el campo editorial: novelas *light*, recetas de autosuperación y periodismo de investigación amarilla. En esta homogeneización de las diferencias nacionales, que se disuelven junto con las editoriales locales que las comunicaban, sobrevive un cierto particularismo que pretende representarnos: el fundamentalismo macondista, que congela lo «latinoamericano» como santuario de la naturaleza premoderna y sublima a este continente como el lugar en el que la violencia social sería hechizada por los afectos. Reúne textos de países muy diversos, desde los de Carpentier a los de García Márquez, de los de Isabel Allende a los de Laura Esquivel, y los encasilla en un solo paradigma de recepción, que es también un solo

modo de situar la heterogeneidad de América Latina en la globalización cultural²⁵.

La intermediación del mercado y de gran parte de la crítica, al exaltar este irracionalismo como supuesta esencia de lo latinoamericano, margina reflexiones que problematizan el carácter híbrido y conflictivo de nuestra multiculturalidad. Si bien algunos de los autores del realismo maravilloso trabajan la densidad y las desigualdades de las malas horas, y retoman el impulso crítico de nuestra tradición picaresca, el mercado hace prevalecer el macondismo más «primitivo», incapaz de insertarse críticamente en las polémicas de avanzada. Entre tanto, cada vez hay menos editores latinoamericanos dispuestos a publicar investigaciones de ciencias sociales, reflexiones filosóficas que abran espacios de racionalidad, obras literarias experimentales o de riesgo. Como dice una de las novelistas más inquietantes que hoy escriben en América Latina, Diamela Eltit, se prefiere lo que es susceptible «de consumo rápido, que no hiera y que no deje memoria»... «Las editoriales, por sobrevivir y no

²⁵ Los riesgos de esta homogeneización de lo latinoamericano en las metrópolis son advertidos por analistas de la literatura y de las artes plásticas. Véanse la entrevista de Carlos Dámaso Martínez, «Jean Franco: el multiculturalismo y el poder del centro», *Espacios*, Nro. 12, Buenos Aires, junio-julio de 1993, p. 37-40; el artículo de Mari Carmen Ramírez, «Imagen e identidad en el arte latino de Estados Unidos», *La Jornada Semanal*, 228, México, 24 de octubre de 1993, p. 18-25; y de George Yúdice, «Globalización y nuevas formas de intermediación cultural», ponencia presentada al seminario *Identidades, políticas e integración regional*, Montevideo, 22-23 de julio de 1993.

desaparecer, están cada vez más embarcadas en estas producciones que transforman en sistemas muy competitivos lo literario; pero, lo verdaderamente literario no está ahí, es mucho más lento, más hiriente»... Observa Eltit el curioso papel protagónico de muchas escritoras en este proceso: «En un momento en que lo social repiensa la mujer no por iniciativa propia, sino por los movimientos de mujeres, en el momento en que existe la posibilidad de articular una cierta escritura, más reflexiva, más punzante, más interrogadora, el sistema tira a la palestra las escrituras menos conflictivas, con eso copa el espacio de las mujeres y tapa a las otras²⁶».

2. Una segunda imagen que quisiera proponer es la de sociedades y culturas donde no todo lo arbitra el mercado. O sea, donde lo que se escribe e imagina implique posibles re-escrituras y re-visiones, otro modo de imaginar que no se agota en lo que el *rating* consagra. Esto lleva a repensar los vínculos de la literatura, las artes y los medios con el Estado y la sociedad civil.

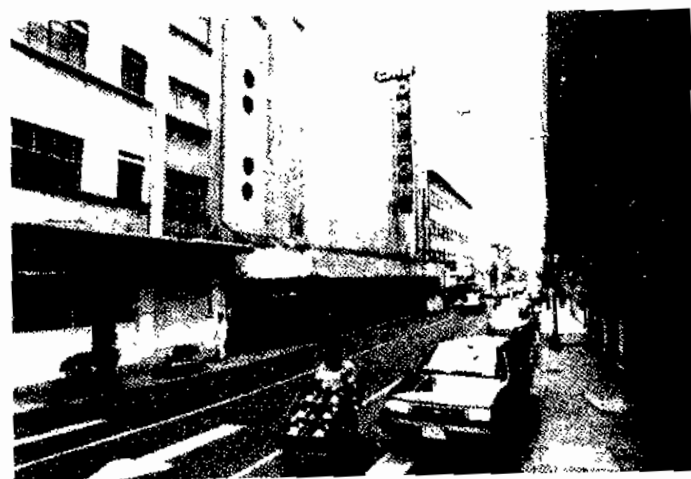
¿Es posible reformular las funciones del Estado como representante del interés público, sin recaer en el Estado populista, cuyos riesgos centralistas, clientelares y de corrupción burocrática conocemos bien? Un estímulo para hacerlo es que tampoco vemos, luego de una década de privatizaciones, que las empresas privadas hagan funcionar mejor los teléfonos, ni

²⁶ Sandra Lorenzano, «Textos que no arman un mural. Entrevista con Diamela Eltit», *La Jornada Semanal*, Nro. 2284, 21 de noviembre de 1994.

las aerolíneas, ni elevan la calidad de los programas en las radios y televisoras. Los mayores agentes mercantiles de la integración latinoamericana, Televisa y Globo, parecen creer que la integración que interesa es la del entretenimiento, casi nunca la de la información recíproca y menos la de la reflexión crítica.

Más que encerrarnos en el dilema *Estado vs. mercado*, hay que concebir políticas que coordinen a los diversos actores participantes en la generación e intermediación cultural. No se trata de restaurar al Estado propietario, sino de repensar el papel del Estado como árbitro o garante de que las necesidades colectivas de información, recreación e innovación no sean subordinadas siempre al lucro. Para superar los riesgos tanto del intervencionismo estatal como de la frívola homogeneización del mercado sobre las culturas, es necesario salir de la opción entre uno y otro dando espacios para que surjan múltiples iniciativas de la sociedad civil: movimientos sociales, grupos artísticos, editores, radios y televisoras independientes, sindicatos, agrupamientos étnicos, asociaciones de consumidores, de lectores y televidentes. Esta multiplicación de actores, indispensable para el desarrollo cultural democrático y el diálogo de múltiples identidades, necesita reglas públicas de competencia, espacios comunicacionales y estímulos económicos. ¿O ya olvidamos que los países que pudieron volverse modernos lo lograron porque la educación, la investigación científica, la experimentación artística y los derechos humanos no fueron reducidos a las batallas del lucro?

En suma, una política multicultural necesita algo más que clientes. Así como la literatura necesita lectores y no



Paolo Gasparini, 1994

sólo compradores de libros, el cine amantes y no apenas espectadores, la sociedad no únicamente consumidores sino también ciudadanos. Un diálogo entre culturas necesita ferias y mercados, pero si se trata de un diálogo intercultural no se puede hacer sólo con los libros escritos para ser presentados en las ferias, para comprarlos por si podemos leerlos el próximo verano, para ostentar orgullosos el *best seller* recién estrenado.

En nuestro continente, con escasas esperanzas, donde nos peleamos, más que por la esperanza por la sobrevivencia, cuando el conflicto es una forma frecuente de lo que podría haber sido el diálogo entre culturas, el diálogo se recrea dejando que circule también lo hiriente y lo punzante. Entonces, la circulación de los libros y revistas, de películas y programas televisivos, podría ser hoy algo más que libre comercio de mercancías en nuestra América desintegrada, rota, recibida sólo en pedazos en los escenarios de la globalización. Las palabras y las imágenes no como exceso de una plenitud mágica, sino como la alianza tensa de celebración y crítica, de lo que gozamos y lo que nos falta. Según dice Italo Calvino de la literatura, «como un frágil puente improvisado tendido sobre el vacío»²⁷.

²⁷ Italo Calvino, *Seis propuestas para el próximo milenio*, Madrid, Ediciones Siruela, 1989, p. 91.

Preguntas

— *¿Qué clase de individuos quiere formar la modernidad, actualmente, de acuerdo con la reorganización del proyecto moderno que usted presentó?*

— *¿Cómo fundamenta la necesidad de la constitución de un Estado que intervenga en el espacio público determinando y condicionando algunos aspectos de la cultura, o sea, cómo se fundamenta ese intervencionismo estatal en asuntos culturales de gestión sin caer en el paternalismo que usted dice evitar? Conjuntamente con esta pregunta, la otra sería: ¿Hasta qué punto el mercado que estaría criticando no sería en parte una legítima expresión parcial quizá de la voluntad popular o de ciertas cuestiones latinoamericanas?*

— *Al principio, usted había dicho que la posmodernidad en algún momento quiso ocupar el lugar de vanguardia, como que retomó el proyecto de las vanguardias. ¿De qué manera podría justificar esto si en ningún momento las distintas posturas de la posmodernidad se plantean un destino en términos de los metarrelatos que la misma posmodernidad estaría criticando? Usted había dicho que la posmodernidad, a pesar de la crítica de los metarrelatos de la modernidad, se había planteado también como vanguardia de la modernidad. ¿Cómo es posible esto si justamente la posmodernidad está hablando de la ausencia de toda forma de destino que sí estaría implicado en las vanguardias?*

— *Si en este momento se está debatiendo en la Argentina un proyecto de ley de radiodifusión ¿qué alternativas*

podríamos plantear no siendo las cuotas fijas para la producción nacional a fin de favorecer efectivamente la producción por regiones, o sea que el Estado pueda realmente proteger a partir de la ley, saliendo del esquema fijo de las cuotas?

— García Canclini: Vamos a seguir el orden de las preguntas como se fueron colocando. La primera hacía alusión a una pregunta sobre los individuos. ¿Qué clase de individuos queremos formar? En parte me complace que surja la noción de individuo, porque es una de las nociones clave de la modernidad, de la modernidad ilustrada al menos, pero en seguida habría que advertir que ese modelo de individuo moderno, racional, y ciertos modos particulares de racionalidad que se asocian con esa noción y pretenden encontrar expresión en el Estado-nación, en una cultura nacional y ciertas formas políticas democráticas a través de las cuales se participaría, han perdido vigencia en las condiciones estructurales de globalización. Los Estados nacionales han sufrido lo que Miquel de Moragas llama «fugas»: una fuga hacia arriba, hacia la globalización, y otra fuga de su sentido y su poder internaunte, por las privatizaciones o por los reclamos regionales de quienes no se sienten representados en ese Estado-nación. También los individuos hemos sentido varias fugas en varias direcciones y nos cuesta bastante reencontrar proyectos singulares, diferentes, como individuos.

Pero, en todo caso, las formas de estilización de lo individual —no digohomogeneización, sino estilización, o sea

organización de los rasgos individuales o de las emergencias individuales bajo patrones unificadores— se hacen hoy en espacios distintos, que generan diferentes posibilidades de construir individuos o deformarlos. Por un lado, se hace en un espacio multicultural, no unificado regional o nacionalmente, o unificado en una cierta medida nada más.

Uno de estos cambios es el desarrollo de la pluralidad lingüística. Pareciera que la multiculturalidad y el multilingüismo se han vuelto un requisito de participación competitiva en los mercados actuales y en las sociedades contemporáneas. Otra modificación se aprecia en la configuración de la ciudadanía. En la teoría social y política clásica los ciudadanos se constituían en el campo propio de lo político, mediante la participación y la delegación en representantes legítimos de la actividad pública. En una versión posterior de esta modernidad, que desarrolló especialmente el marxismo, pero no sólo él, los ciudadanos se transformaban y organizaban en el campo de la producción, en la economía, como trabajadores. Todo esto se ha desplazado: la política se ha debilitado como espacio de representación, de desarrollo y formación de individuos desde las últimas crisis de la militancia. Acá habrá unos cuantos que han militado en los sesenta, en los setenta y otros en los ochenta, y han visto esta dificultad de, como me decía alguien hace pocos días, formarse como persona en la militancia.

Hoy nos formamos más bien como personas o como individuos en el consumo. No hay que descalificar esta escena de formación. En principio, toda extensión del consumo

me parece positiva: lo malo es consumir poco. No voy a repetir ahora lo que desarrollé en el libro *Consumidores y ciudadanos* acerca de la legitimización del consumo como momento necesario de la reproducción social, como una parte del ciclo económico y cultural de cualquier sociedad.

Por otro lado, no hay que identificar demasiado rápidamente consumo con homogeneización. Las comunidades de consumidores que hoy se forman, incluso a nivel transnacional, y que son especialmente perceptibles en las generaciones jóvenes, no unifican a todos bajo los mismos productos, bajo los mismos símbolos, sino que buscan también formas de diferenciación.

Otro hecho a destacar es la diversificación de escenarios y tendencias. Hoy no tenemos totalidades unificadas que relacionen Estado, medios, escuela y producción. Porque cada vez tenemos menos Estado, pero también cada vez tenemos sociedades más diversificadas y ramificadas. Una de las características que cualquier individuo, al menos con una educación media, tiene hoy, es la de participar de varios repertorios culturales a la vez, elegir entre varias posibilidades de ser individuo. Somos individuos híbridos, que aprovechamos varios repertorios para enriquecernos, formarnos y participar en escenarios distintos, no siempre compatibles. Eso crea, desde luego, contradicciones, pero también una diversificación, una posibilidad de ejercer y desempeñarse como individuo en escenarios muy diversos que me parecen un signo positivo, alentador, de nuestro tiempo.

El problema no está en esta multiplicación de las convocatorias, de las opciones, sino en la desigualdad que a

veces crea diferencias o las acentúa, o impide ser suficientemente diferente. Una limitación importante hoy, para ser individuos, es no poder acceder a ciertos bienes que son necesarios para diferenciarse y para construir opciones personalizadas. Entonces, me parece que una educación éticamente valiosa es aquella que, en vez de formarnos monoculturalmente en lo que se supone mejor, en la gran cultura nacional o en la gran cultura universal, ofrece varias opciones para elegir: ¿dónde vamos a vivir?, ¿en qué vamos a trabajar?, ¿cómo vamos a poder cambiar de trabajo? Una cultura democrática es la que nos habilita para ser distintos. Y nos habilita para valorar también a los que son distintos y reconocer su diferencia como legítima.

Alguien preguntó hasta dónde se puede cambiar la situación sólo teniendo en cuenta lo simbólico. ¿No es necesario también transformar las políticas sociales y económicas? Efectivamente, uno de los cambios de la modernidad ha sido pasar de algo que fue un producto de la modernidad, las bellas artes, la cultura humanística, entendida como un producto simbólico aislado, a las historias sociales de la cultura, del arte y de los medios. Ahora necesitamos situar estos procesos simbólicos en las condiciones sociales y económicas de producción, circulación y consumo. En este sentido, sigue siendo válido, contra la tendencia de ciertos estudios posmodernos a sobreestimar el aspecto simbólico, el hecho de reinsertarlo en la historia social, como lo hacen la sociología del arte y de la cultura. No hay cambios simbólicos que dependan enteramente de las condiciones

infraestructurales económicas, sociales y políticas; pero no pueden ser entendidos, revertidos o modificados sin tomar en cuenta esas condiciones. Esto nos conecta con otra cuestión que se planteó acerca de la irreversibilidad o no de estos procesos.

Cuando yo hablaba de cierta irreversibilidad me refería a que la globalización es un proceso del que resulta muy difícil regresar. No veo bajo qué reorganización de los mercados podríamos volver a economías nacionales autocontenidas. A la vez, es evidente que el modelo neoliberal está haciendo agua por muchos lados, que sus propios promotores están reconociendo contradicciones. Una de las más evidentes es cómo desarrollar un mercado que por las propias leyes del capitalismo debe expandirse cada vez más y al mismo tiempo defender la idea de que las políticas sociales son hechas para una minoría. Si miramos lo que ocurre en la Argentina, México o en otros países contemporáneos es evidente que las políticas no son elaboradas para la totalidad de la población. Pero un hecho nuevo es que cuando vivíamos en la modernidad preneoliberal parecía que en la desigualdad había un problema que había que corregir, o sea que al menos intencionalmente las políticas habrían considerado a la totalidad de la población. Hoy eso ha dejado de ser un motivo de culpa para cualquier gobernante. Desde Martínez de Hoz en la Argentina estamos escuchando que es un país que podría funcionar muy bien si tuviera ocho millones de habitantes, y las políticas deben ser para esa cantidad de gente. Nada indica en los



últimos gobiernos que hemos tenido desde la vuelta de la democracia que esa idea se haya corregido. Cuando hay ministros del actual gobierno que dicen que en la Argentina «hay provincias no viables», creo que estamos reproduciendo esa idea aristocrática y excluyente de Martínez de Hoz. No sólo se dice que los ferrocarriles ya no son viables en ciertas provincias, se dice que en las provincias la gente no es viable. Por lo tanto, se trata de pensar si debemos reivindicar esa conquista de la modernidad que es imaginar políticas para la totalidad.

El otro principio moderno que interesa revitalizar es el que reclama que una política económica sea también una política social, que no sea simplemente una política que dé buenos indicadores en la balanza de pagos entre importaciones y exportaciones. Después de la crisis de diciembre del '94 en México se produjo, como ustedes sabrán, una devaluación del 100 por ciento de la moneda, se contrajo enormemente la capacidad adquisitiva de la casi totalidad de la población y se redujo, por lo tanto, esa importación desenfrenada, sin aduana, sin limitaciones, que había hundido a gran parte de la industria nacional de bienes materiales y en parte de bienes simbólicos.

Unos meses después, en febrero de 1995, el presidente Ernesto Zedillo descubre que hemos resuelto la crisis porque la balanza de pagos se ha equilibrado. Es obvio que si la gente compra menos, lo importado se va a reducir, vamos a gastar menos divisas y se va a exportar bastante más, porque cuesta mucho menos lo que se produce en México.

Así podemos convencer a otras naciones que nos compren lo que producimos, pero esto no ha resuelto ningún problema estructural de la economía mexicana; al contrario, los ha agravado si tomamos como indicadores los niveles de consumo interno, los niveles de producción endógena, la capacidad de circulación y distribución de los bienes necesarios para la subsistencia básica de la sociedad, los niveles de salud, de acceso a la educación, los índices de deserción o de perseverancia en las escuelas.

¿Cómo no seguir perdiendo los niveles de salud, de educación, de acceso a bienes que hoy deberían incrementarse, porque hay muchos más bienes en el mundo a los cuales acceder? No hay Estado que pueda intervenir responsablemente en cuestiones públicas si la sociedad no lo está obligando, y la sociedad no lo obliga sólo en el voto. Aunque a veces, demasiadas veces, las sociedades latinoamericanas han votado en algunas elecciones en contra de sí mismas y por lo tanto a favor de estos estados enajenadores. Por eso, una cuestión decisiva es la relación entre estado y sociedad, que debe reconstruirse, como bien se dijo en la pregunta, sin paternalismo; pero, justamente, hacerlo sin paternalismo, sólo se logra si hay una sociedad que no le permite al gobernante ser paternalista.

Aquí viene la otra cuestión que se planteaba: ¿no será que a veces el mercado es visto por las sociedades como expresión de la voluntad popular? Alguien decía que en un artículo de Perry Anderson, que no conozco, sostiene esta tesis: que el desorden actual empezó desde el año 1944,

cuando algunos empresarios, gobernantes y economistas a nivel mundial empezaron a darse cuenta de cómo trazar una política neoliberal. Aun suponiendo que haya sido así, fue en los últimos diez o quince años que este proyecto logró consolidarse a nivel mundial porque existen medios masivos de comunicación que nos han convencido, que han establecido una especie de consenso común, una cultura política generalizada del neoliberalismo, de manera que la privatización y el debilitamiento del Estado sean vistos como las formas normales, naturales, para el desarrollo de las sociedades.

La última cuestión que tomaría será la referencia a la ley de radiodifusión. No conozco el proyecto, no puedo ser muy específico con respecto a lo que se está discutiendo en la Argentina. Pero respecto de las cuotas: no pienso que el camino sea restaurar las cuotas nacionales y mucho menos cuotas regionales para la producción; más bien, conociendo un poco de lo que pasa a nivel regional en las televisoras, en radios, en la propia prensa, que es francamente lamentable en casi toda América Latina, cuando es sólo regional o local, temo que los procesos de descentralización a ultranza agraven estas deficiencias. Lo que está ocurriendo en muchos países es que simplemente la descentralización, o sea, el Estado que dice que cada provincia se ocupe de lo suyo, de su educación, de sus medios, que haga lo que la región quiere, lleva a que pequeños empresarios locales o regionales se apropien de estos bienes, y a veces es directamente una corporación como la iglesia o un grupo regional, el que traza la línea de lo que debe transmitirse y puede verse.

No creo que éste sea el único cambio posible. Hay que descentralizar, pero también debemos reconocer mucho de simulación en una descentralización hecha en términos de quién financia, si no se considera al mismo tiempo en términos de producción, de contenidos, de forma de circulación y de consumo. Vivimos una época altamente integrada, no sólo a nivel regional y nacional, sino a nivel internacional y global. Entonces, leyes responsables de radiodifusión o de cuestiones comunicacionales serán aquellas que no sólo legislen para las regiones, sólo para las naciones, sino que planteen seriamente los problemas de integración interamericana.

He estado en dos reuniones de la Unesco en los últimos años, que trataron de producir algunos documentos para alimentar las reuniones de presidentes y ministros de cultura de América Latina, una en Cartagena y otra en Costa Rica. Estos documentos no fueron retomados, ni por los presidentes ni por los ministros de cultura, pues ellos no quieren hablar de los principales actores de la cultura latinoamericana actual, que son los comunicadores masivos, las grandes empresas internacionales o nacionales. No quieren legislar su actuación en función de intereses públicos. Sólo una acción muy enérgica desde las sociedades podrá generar una alternativa en este sentido.

II

**Ciudades multiculturales y contradicciones
de la modernidad**

¿Qué es una ciudad?

Partamos de esta pregunta elemental, que no está respondida hoy de un modo taxativo, como en el pasado, en la bibliografía sobre cuestiones urbanas. Uno puede recorrer estrategias con las cuales se ha tratado de dar respuestas a esta pregunta sobre la ciudad, pero no llega a soluciones estabilizadas, definitivas, sino a un conjunto de aproximaciones que dejan muchos problemas irresueltos. Quisiera transitar rápidamente por algunas de las «soluciones» más usadas en distintos momentos de la teoría urbana, de manera que podamos desembocar, con cierto soporte histórico, en los problemas que hoy nos plantea estudiar las ciudades, y sobre todo las grandes ciudades.

Una primera aproximación a la pregunta sobre qué son las ciudades ha consistido en oponerlas a lo rural, o sea concebir la ciudad como lo que no es el campo. Este enfoque, que durante la primera mitad del siglo tuvo un fuerte desarrollo, llevó a oponer en forma demasiado tajante el campo como lugar de las relaciones comunitarias, donde predominan las relaciones primarias, a la ciudad, que sería el lugar de las relaciones asociadas de tipo secundario, donde habría mayor segmentación de los roles y una multiplicidad de pertenencias. Creo que, dada la importancia que ha tenido este esquema en la Argentina, a través de uno de sus teóricos mundiales que fue Gino Germani, no necesito extenderme mucho. Germani hablaba de la ciudad como núcleo de la modernidad, precisamente porque era el lugar

donde nos podíamos desprender de las relaciones de pertenencia obligadas, primarias, de esos contactos intensos de tipo personal, familiar y barrial propios de los pequeños pueblos o las pequeñas ciudades, y pasar al anonimato de las relaciones asociativas, electivas, donde se segmentan los roles, que él estudiaba desde su particular herencia funcionalista. Entre las muchas críticas que se han hecho a esta oposición tajante entre lo rural y lo urbano me gustaría recordar que esa distinción se queda en aspectos exteriores. Es una diferenciación descriptiva, que no explica las diferencias estructurales ni tampoco las coincidencias que a veces se dan entre lo que ocurre en el campo o en las pequeñas poblaciones y lo que ocurre en las ciudades. Por ejemplo, cómo lo rural está dividido por conflictos internos a causa de la penetración de las ciudades. O, a la inversa, en nuestras ciudades latinoamericanas, muchas veces estamos diciendo que son ciudades invadidas por el campo. Uno ve, de pronto, campesinos circulando, aun en carros con caballos, usos de espacios urbanos que parecen campesinos, como si nunca fuera a pasar un coche, es decir, intersecciones, entrelazamientos entre lo rural y lo urbano, que vuelven insuficiente o insatisfactoria esa definición de lo urbano por oposición con lo rural.

Un segundo tipo de definición que tiene una larga trayectoria, desde la escuela de Chicago, se basa en los criterios geográfico-espaciales. Wirth definía la ciudad como la localización permanente relativamente extensa y densa de individuos socialmente heterogéneos. La crítica que

se ha hecho a esta caracterización geográfico-espacial es que no da cuenta de los procesos históricos y sociales que engendraron las estructuras urbanas, la dimensión, la densidad y la heterogeneidad.

En tercer lugar ha habido criterios específicamente económicos para definir qué es una ciudad, viéndola como resultado del desarrollo industrial y de la concentración capitalista. Efectivamente, la ciudad ha propiciado una mayor racionalización de la vida social y ha organizado del modo más eficaz, hasta una cierta época, la reproducción de la fuerza de trabajo por medio de la concentración de la producción y del consumo masivo. Autores como Manuel Castells, ya en su libro *La cuestión urbana*, que sigue teniendo un gran interés como visión histórica, decía que estos criterios económicos dejaban fuera aspectos ideológicos, que él trató en aquella obra de un modo rudimentario. Luego, se volvió común cuestionar este modo economicista de analizar la ciudad, la experiencia cotidiana del habitar y las representaciones que los habitantes nos hacemos de las ciudades.

Otros autores, por ejemplo Antonio Mela, que tiene un artículo excelente en la revista *Diálogos* (nº 23), dice que hay dos características que definirían a la ciudad a partir de la experiencia del habitar. Una es la densidad de interacción y la otra es la aceleración del intercambio de mensajes. El aclara que no son sólo fenómenos cuantitativos, pues ambos influyen a veces contradictoriamente sobre la calidad de la vida en la ciudad. Hay aumento de códigos

comunicativos que exigen adquirir nuevas competencias, como lo percibe cualquier inmigrante que llega a la ciudad y se desubica, tiene dificultades para situarse en esta densidad de interacciones y esta aceleración de intercambio de mensajes. Cuando se comienza a ver esta problemática, con las migraciones de mediados de siglo, se coloca el problema de quiénes pueden usar la ciudad.

Esta línea de análisis, que trata de poner, para decirlo en términos de Mela, la problemática urbana como una tensión entre realización y expresividad, ha llevado a pensar también a las sociedades urbanas como lenguaje. Las ciudades no son sólo un fenómeno físico, un modo de ocupar el espacio, de aglomerarse, sino también lugares donde ocurren fenómenos expresivos que entran en tensión con la racionalización, con las pretensiones de racionalizar la vida social. Han sido sobre todo las industrias culturales de la expresividad, como constituyentes del orden y de las experiencias urbanas, las que han tematizado esta cuestión.

Podríamos decir que, en cierto modo, todas estas teorías —si estamos pidiendo una definición de lo urbano— son teorías fallidas. No nos dan una respuesta satisfactoria, dan múltiples aproximaciones de las cuales no podemos prescindir, que hoy coexisten como partes de lo verosímil, de que nos parece que puede proporcionar cierto sentido de la vida urbana. Pero, la suma de todas estas definiciones no se puede articular fácilmente, no permite acceder a una definición unitaria, satisfactoria, más o menos operacional, para seguir investigando las ciudades. Esta incertidumbre acerca



Paolo Gasparini, 1994.

de la definición de lo urbano se vuelve mucho más vertiginosa cuando llegamos a las megaciudades.

Megalópolis: crisis y resurgimiento

Hace sólo medio siglo las megalópolis eran excepciones. En 1950, sólo dos ciudades en el mundo, Nueva York y Londres, superaban los ocho millones de habitantes. En 1970, ya había once de tales urbes, cinco de ellas en el llamado tercer mundo, tres en América Latina y dos en Asia. Para el año 2015, según proyecciones de las Naciones Unidas, habrá 33 megaciudades, 21 de las cuales se hallarán en Asia. Estas megalópolis impresionan tanto por su desaforado crecimiento como por su compleja multiculturalidad; nos desorienta su heterogeneidad, el cruce de migrantes de muchas regiones del país y de gente procedente de otros países. Esto puede ocurrir tanto si estamos en el primero, en el segundo o en el tercer mundo. Dentro de la lista de megaciudades están Los Ángeles, México y París, Moscú, Sao Paulo, Tokio y Buenos Aires. En estas megaciudades se está transformando el punto de vista con el que podemos analizar lo urbano. Ya no sirven los estudios o las predicciones hechas para esas mismas ciudades por los urbanistas de la primera mitad del siglo.

La escena de Chicago, que durante varias décadas ofreció al mundo el paradigma sobre lo urbano-moderno, no es considerada hoy más que como antecedente de interacciones mucho más complejas entre los centros históricos y los suburbios que ellos se dedicaron a estudiar, o entre la planificación y la

autogestión urbana, que se han vuelto radicalmente distintos. En los años ochenta el desarrollo de un urbanismo posmoderno en Los Ángeles, Nueva York y en muchas otras ciudades, pareció ofrecer nuevas claves que algunos usaron para extender al resto del mundo ese modo de ver la fragmentación o la multiculturalidad, y otros consideraron decisivos modelos de ciudades globales.

¿Qué pasa hoy en las megaciudades? Si tomamos un libro reciente, el de Paolo Perulli, *Atlas Metropolitano, el cambio social en las grandes ciudades*, encontramos que comienza su trabajo diciendo que la crisis de las ciudades, que fue uno de los núcleos del análisis urbano hasta los años ochenta, hoy es vista de otra manera. Dice que, en realidad, estamos en un cierto retorno a las ciudades o lo que otro autor, también italiano, Aldo Bonomi denomina «un renacimiento de las ciudades». Hay metrópolis con una fuerte recuperación económica, parcial interrupción del declive de población, grandes proyectos de renovación urbana y de transformación física de las ciudades.

Se ha hablado de los años ochenta como una década de regreso al centro de las ciudades, de recentralización urbana, mientras que los años setenta fueron años de crisis de las ciudades y dispersión territorial. Perulli cita a París y Berlín como ejemplos de revitalización. La primera, París, porque recoge hoy los frutos de grandes políticas urbanas emprendidas en décadas anteriores, Berlín gracias a los procesos de unificación alemana y europea. Pero también hay metrópolis regionales que están asumiendo un nuevo papel

en esta dirección, especialmente en las áreas del arco meridional europeo, Barcelona, Munich, Lyon, Zurich, Milán, Frankfurt, Stuttgart. En suma, se observa un relanzamiento de las ciudades, aumenta el empleo en algunas, no sólo el terciario, incluso el industrial, que estaba en declinación, se conectan nuevas redes de infraestructuras inmateriales, se emprenden o se completan grandes obras públicas.

Creo que no necesito extenderme mucho para que ustedes hayan asociado ya la posibilidad de que ciudades latinoamericanas puedan vivir esta experiencia. Hay signos incipientes en esta dirección. Es claro que en México y Sao Paulo, por lo menos, podrían encontrarse estas características. O podríamos pensar en metrópolis regionales, ejes interurbanos, como en el Mercosur. Se habla de carreteras nuevas, y de otro tipo de conexiones, incluso electrónicas, entre Sao Paulo y Buenos Aires con muchas mediaciones, o Santiago-Buenos Aires-Montevideo. Evidentemente, los procesos de integración del Mercosur están contribuyendo a esto, pero creo que hay ya otros procesos también globalizados que están caminando en esa dirección.

En este contexto debemos repensar qué está ocurriendo con la dimensión cultural de nuestras ciudades. En una situación de crisis, cuya especificidad en la periferia comenzamos a describir en la conferencia de ayer, con posibilidades de reactivación muy parcial, vemos un dinamismo que quizá no esperábamos cuando hablábamos de las crisis de ciudades como México y Sao Paulo hace diez o quince años. Esa crisis no ha desaparecido: en algunos indicadores

encontramos agravamiento, por ejemplo la contaminación, la falta de resolución de problemas urbanos estatégicos y estructurales. Pero también se aprecian otros procesos muy dinámicos, que tienen algunos de sus soportes en movimientos culturales.

Las dos multiculturalidades urbanas

Aquí podríamos considerar una doble transición. Hablábamos del pasaje de las ciudades a las megaciudades, estos grandes conjuntos urbanos que han crecido, que han interactuado con otras ciudades y las han incorporado. Pero también hay un pasaje de la cultura urbana a la multiculturalidad. La discusión que había hasta hace quince o veinte años sobre qué es lo específico de nuestra cultura urbana, en obras como las de Henry Lefebvre, ahora debe colocarse de otro modo. Parecía que en la actualidad la búsqueda no es entender qué es lo específico de la cultura urbana, qué la diferencia de la cultura rural, sino cómo se da la multiculturalidad, la coexistencia de múltiples culturas en un espacio que llamamos todavía urbano. Cuando diseñaba el proyecto de investigación para la ciudad de México mi primera intención fue preguntarme ¿cuál es la cultura urbana en la ciudad de México, qué es lo específico culturalmente? Y tuve que llegar a reconocer que, en realidad, había por lo menos cuatro ciudades de México.

Las diferentes ciudades contenidas en una megaciudad se hacen presentes al considerar su historia. En algunos países

hemos olvidado esa dimensión histórica, por ejemplo en la Argentina. Pero la historia se nos ha manifestado como parte de la reestructuración que las migraciones han traído a las ciudades. La complejidad multicultural de grandes urbes como Buenos Aires, México o Sao Paulo es, en gran medida, resultado de lo que las migraciones han hecho con estas ciudades al poner a coexistir a múltiples grupos étnicos. Ésta es una experiencia que Buenos Aires tenía desde fin del siglo pasado cuando llegaron grandes migraciones europeas. Buenos Aires ha sido una de las primeras ciudades pluriculturales en el mundo, donde lo multiétnico era muy visible. Pero esto ha sido poco trabajado, salvo por parte de algunos historiadores, porque la tendencia era más bien a construir una unidad nacional y a encontrarnos satisfechos con las maneras en que, sobre todo los grandes flujos migratorios, español e italiano, se iban disolviendo en una estructura que era representativa de una unidad nacional, de ese «crisol de razas».

Sin embargo, en los últimos años el crecimiento explosivo de las ciudades debido a las migraciones del cuarenta al ochenta, nos ha llevado a situaciones tan paradójicas como la que describía Xavier Albó cuando decía que por el volumen de población, pero no sólo por eso, tal vez Buenos Aires era la tercera ciudad boliviana. O cuando se afirma, también en Estados Unidos y en México, que Los Ángeles es la cuarta ciudad mexicana. Podría decirse, a su vez, que la ciudad de México es una de las mayores ciudades mixtecas o purépechas, dos de las principales etnias no originadas en



Paolo Gasparini

el valle de México, el antiguo valle del Anahuac, sino en otras regiones del país, pero que tienen enclaves muy numerosos, de miles de personas, dentro de la ciudad de México.

No obstante, debemos advertir que la multiétnicidad no es el único rostro de la multiculturalidad contemporánea. Llegué a pensar que la ciudad de México es por lo menos cuatro ciudades a partir de una observación de Ítalo Calvino en *Las ciudades invisibles*. Dice Calvino: «A veces ciudades diversas se suceden sobre el mismo suelo y bajo el mismo nombre. Nacen y mueren sin haberse conocido, incomunicables entre sí. En ocasiones, hasta los nombres de los habitantes permanecen iguales, y el acento de las voces e incluso las facciones. Pero los dioses que habitan bajo los nombres y en los lugares se han ido sin decir nada y en su sitio han anidado dioses extranjeros». Veamos cuáles son las cuatro ciudades discernibles en la capital mexicana.

La primera es la ciudad histórico-territorial. Cualquiera puede darse cuenta de su importancia al percibir la cantidad de edificios construidos en la época precolombina y en la colonia que aún subsisten. La historia de esta ciudad, fundada en 1324 en un pequeño islote, durante el período de Moctezuma I, sigue presente en la megalópolis contemporánea. No es indispensable ir al Museo Nacional de Antropología o al Museo del Templo Mayor, los dos más visitados de México, para enterarnos cómo vivían los sesenta mil habitantes que al llegar los españoles ocupaban trece kilómetros cuadrados.

La segunda ciudad que descubrimos es la ciudad industrial. Es la urbe que se opone a la histórica territorial porque

no abarca un espacio delimitado al modo tradicional, sino que se expande con el crecimiento industrial, la ubicación periférica de fábricas y también de barrios obreros y de otros tipos de transportes y servicios. Podríamos decir que la principal característica es que la ciudad industrial va desterritorializando lo urbano. Se van desdibujando los nítidos márgenes que fijaban la ciudad y nos daban idea de dónde estábamos, hasta dónde llegaba el lugar al que pertenecíamos. Algunos datos de México (pero podríamos dar semejantes de Sao Paulo y de otras ciudades) son significativos. En 1940, la capital mexicana aportaba al producto nacional el 32 por ciento; en 1980, llega al 48 por ciento. La ciudad de México, que tenía 1.600.000 habitantes en 1940, tiene ahora unos 17 millones.

El crecimiento de estos últimos cincuenta años se aprecia tanto en las cifras de habitantes o de la producción industrial y de la mancha urbana, como en la conurbación con otras ciudades y zonas rurales. Los 27 municipios conurbados de la periferia son precisamente los que registran tasas de crecimiento más elevadas en los últimos veinte años, mientras la densidad de habitantes tiende a disminuir en el centro histórico de la ciudad. Este es un fenómeno que se repite en muchísimas otras ciudades. Tiene que ver con la degradación de los centros históricos y, por lo tanto, con una recomposición de lo que entendemos como cultura urbana. Cambian los usos del espacio urbano al pasar de ciudades centralizadas a ciudades multifocales, policéntricas, donde se desarrollan nuevos centros a través de los shoppings, de otros tipos de

urbanización, tanto populares como de clases altas, que por distintas razones abandonan el centro histórico.

Así nos resituamos en una ciudad diseminada, una ciudad de la que cada vez tenemos menos idea dónde termina, dónde empieza, en qué lugar estamos. En los estudios con pobladores de la ciudad de México vemos una bajísima experiencia del conjunto de la ciudad, ni siquiera de la mitad, ni de la cuarta parte. Cada grupo de personas transita, conoce, experimenta pequeños enclaves, en sus recorridos para ir al trabajo, para ir a estudiar, para hacer compras, pasear o divertirse. Pero son recorridos muy pequeños en relación con el conjunto de la ciudad. De ahí que se pierda esta experiencia de lo urbano, se debilite la solidaridad y el sentido de pertenencia. Nos preguntábamos en el libro *Consumidores y ciudadanos* ¿qué significa ser chilango, o sea ser habitante de la ciudad de México, o ser paulista, o ser porteño en Buenos Aires? Creo que esto ha cambiado radicalmente en las últimas generaciones como consecuencia, entre otras razones, de esta diseminación de la mancha urbana.

La industrialización de bienes materiales ha sido, quizá, la principal responsable de este proceso. Pero debe señalarse, además, la otra industrialización: de las comunicaciones, de la cultura. En las encuestas y entrevistas acerca del consumo cultural, de los usos de la ciudad y de los imaginarios urbanos, encontramos repetidamente que se ha perdido la experiencia del conjunto. Pero, al mismo tiempo, hallamos referencias a actores comunicacionales que hacen intentos por recomponer esa totalidad. Algunos ejemplos: el

helicóptero que recorre diariamente la megalópolis y transmite por los canales de Televisa nos cuenta cada mañana cómo está la ciudad, dónde hubo choques, por dónde no hay que circular. Esto también lo podemos escuchar por radio, en México y en otras ciudades. Es un simulacro, hacen como que nos están diciendo cómo es la ciudad vista desde arriba, casi como Dios.

Pero ese simulacro es, en buena medida eficaz, nos permite orientarnos en el tránsito y ayuda a desarrollar imaginarios sobre aquello que desconocemos; también, sobre los lugares que nunca vamos a querer conocer, porque son emblemas de inseguridad, de peligro, algo de lo cual hay que escapar.

Estos nuevos actores sociales a veces parecieran saber más que el intendente de la ciudad, más que los políticos, más que los movimientos populares urbanos, porque cada uno de estos actores tradicionales parece ocuparse de pequeños fragmentos.

Incluso, en la teorías sobre lo urbano es un lugar común pensar que las grandes ciudades son implanificables. No obstante, esa tendencia está cambiando. Si la planificación urbana estuvo en descrédito durante los años ochenta, algunos libros recientes, y por ejemplo el congreso internacional de arquitectos que hubo hace dos semanas en Barcelona (junio de 1996), insinúan una vuelta a la pretensión de pensar en conjunto la ciudad. Sin embargo, lo que aparece aun en los planes urbanos es que se intentan dinamizar sólo algunas zonas que se consideran estratégicas. Pero los



Paolo Gasparini, 1994.

problemas estructurales de la ciudad, los grandes temas del conjunto urbano, se consideran inabarcables desde la perspectiva de muchos políticos. Así, se hacen en la ciudad de México los cinco grandes proyectos que se empezaron en el sexenio pasado, o se puede en Buenos Aires intentar Puerto Madero u otras experiencias aisladas, olvidándose de reconsiderar la ciudad como algo global.

En las teorías urbanísticas de fin de siglo se registra una tensión entre la necesidad de encarar estructural y globalmente las crisis urbanas y la tendencia a aceptar la desagregación, la disgregación, sobre todo en las grandes ciudades. Esto ha llevado a pensar en una tercera ciudad. Cuando en los quince o veinte últimos años los economistas y los urbanistas advirtieron que la industrialización ya no era el agente económico más dinámico en el desarrollo de las ciudades, se empezaron a considerar otros impulsos para el desarrollo, que son básicamente informacionales y financieros. Se volvió necesario, entonces, reconceptualizar las funciones de las grandes ciudades. Su núcleo no se halla ya en la ciudad histórica, construida en un territorio delimitado, ligada a un espacio que todos percibían como propio de esa ciudad, que tenía su núcleo en el centro histórico, en los grandes edificios monumentales que revelaban cuál había sido el origen. Luego, vino la industrialización que generó la gran expansión de las manchas urbanas, pero tampoco eso pareciera ser ahora lo decisivo, menos aún en sociedades en desindustrialización como son las latinoamericanas. En la medida en que la economía presente no

se caracteriza tanto por el pasaje de la agricultura a la industria y de ésta a los servicios, sino por la interacción constante entre agricultura, industria y servicios sobre la base de procesos de información que rigen la tecnología de gestión y comercialización, debemos ir hacia otra concepción de lo urbano. Las grandes ciudades son el nudo en que se realizan estos movimientos de comunicación. Las principales áreas metropolitanas se vuelven, en una economía plenamente internacionalizada, escenarios que conectan entre sí a diversas sociedades. Es por esto que Saskia Sassen ha hablado de ciudades globales refiriéndose a Nueva York, Tokio y Londres, o Manuel Castells se ocupa de «la ciudad informacional». Este proceso puede observarse también en una ciudad bastante estancada desde el punto de vista arquitectónico, como Buenos Aires, donde el crecimiento se presenta en la arquitectura ligada a la globalización, promovida por empresas informáticas de grandes transnacionales, edificios corporativos y *shopping centers*, que son aquí los signos de modernidad o posmodernidad.

Si bien las urbes siguen siendo espacios de concentración de fábricas, que a veces se notan tanto por la contaminación, donde además hay mayor oferta de industrias culturales, como radio y televisión, estas funciones más tradicionales están cediendo lugar a nuevas agencias o nuevos actores comunicacionales. La ciudad se conecta ahora dentro de sí y con el extranjero ya no sólo por tradicionales transportes terrestres y aéreos, por el correo y el teléfono, sino por el cable, el fax y los satélites.

La nueva oferta informacional está modificando muchos hábitos culturales y estrategias de consumo. No voy a extenderme en la descripción de estos cambios, ya bastante conocidos, pero sí me gustaría subrayar cómo incitan a rediseñar el estudio de las culturas urbanas. ¿Qué significa para la teoría urbana encontrar una ciudad disgregada, sin centro, o donde el centro importa poco, que no sabemos bien hasta dónde llega, y es reorganizada, redimensionada en la experiencia cotidiana, por estos procesos comunicacionales? Entonces, hay que tomar en cuenta no sólo una definición sociodemográfica y espacial de la ciudad, sino una definición sociocomunicacional.

Ahora veamos cómo coexisten estas tres ciudades: la histórico territorial, la ciudad industrial y la ciudad informacional o comunicacional. Ésta es la pregunta central de la multiculturalidad urbana en la actualidad. Vivimos la tensión entre tradiciones que todavía no se van (tradiciones barriales, de formas de organización y estilos de comunicación urbana) y una modernidad que no acaba de llegar a los países latinoamericanos, cuya precariedad no impide, sin embargo, que también lo posmoderno ya esté entre nosotros. La coexistencia no regulada de varios modelos de desarrollo urbano en países dependientes genera, a la vez, comunicaciones ágiles y embotellamientos, acceso más o menos simultáneo a una vasta oferta cultural internacional y la dificultad de gozarla porque el museo o el teatro queda a una hora o dos de nuestra casa y el transporte es deficiente, porque se corta la luz cuando llueve y debemos regresar

de la computadora a la máquina de escribir, porque tenemos fax pero hace dos meses que no arreglan el teléfono.

Más que una ciudad, esto parece un contradictorio y caótico videoclip. Más que una ciudad informacional a veces tenemos la sensación de vivir en ciudades donde es muy difícil comunicarse. Contradicciones como las de Buenos Aires y México se registran en otras ciudades más modernas de América Latina. En Río de Janeiro o en Sao Paulo, donde apenas empieza a instalarse la fibra óptica, están tan desbordadas las comunicaciones telefónicas que los universitarios y las empresas a veces tienen que esperar las nueve o las diez de la noche para poder conectarse al e-mail, porque no hay líneas durante el día. Existe el correo electrónico, se multiplican las computadoras, hay miles y miles de usuarios que están creciendo constantemente, pero la deficiencia de infraestructura impide situarse de modo competitivo en esta nueva situación de las redes globales.

Los imaginarios como patrimonio urbanos

La ciudad videoclip es la ciudad que hace coexistir en ritmo acelerado un montaje efervescente de culturas de distintas épocas. No es fácil entender cómo se articulan en estas grandes ciudades esos modos diversos de vida, pero más aún los múltiples imaginarios urbanos que generan. No sólo hacemos la experiencia física de la ciudad, no sólo la recorreremos y sentimos en nuestros cuerpos lo que significa caminar tanto tiempo o ir parado en el ómnibus, o estar bajo

la lluvia hasta que logremos conseguir un taxi, sino que imaginamos mientras viajamos, construimos suposiciones sobre lo que vemos, sobre quiénes se nos cruzan, las zonas de la ciudad que desconocemos y tenemos que atavesar para llegar a otro destino, en suma, qué nos pasa con los otros en la ciudad. Gran parte de lo que nos pasa es imaginario, porque no surge de una interacción real. Toda interacción tiene una cuota de imaginario, pero más aún en estas interacciones evasivas y fugaces que propone una megalópolis.

Los imaginarios han nutrido toda la historia de lo urbano. Los escritores y los críticos literarios lo han puesto de manifiesto con particular énfasis. Rosalba Campra, en un artículo titulado «La ciudad en el discurso literario», que se publicó en Buenos Aires, en la revista *Sic*, empieza preguntándose ¿dónde se fundan las ciudades? «En lo alto de un monte para defenderse, dice, a orillas del mar para partir, o, como suelen responder los mitos, a lo largo de un río para encontrar un eje de orientación y dar sentido al propio grupo». Pero las ciudades, agrega, también se fundan dentro de los libros, o se fundan a partir de libros; y ella va siguiendo en ese espléndido trabajo como las ciudades han estado conectadas con libros fundantes, libros que han hablado de cómo se conquista un desierto, cómo se distingue a la ciudad del desierto, cómo se delimitan los espacios, cómo se construye entonces a partir de lo que se imagina que puede ser una ciudad.

A veces este proceso puede ser dramático, como sabemos por gran parte de la literatura y del cine que hablan de

las ciudades. Pienso en las ciudades dramáticas, trágicas a veces, de Win Wenders, y en *La ciudad ausente* de Ricardo Piglia. En México tratamos de estudiar esta diversidad de imaginarios urbanos viendo cómo la ciudad era constituida en el discurso periodístico de cada día, en la radio y la televisión. En México, como en muchas grandes ciudades, hay suplementos especiales que aparecen semanalmente, y a veces todos los días en algunos diarios, que hablan de la ciudad y que dejan hablar a la ciudad. El estudio hecho por un miembro de nuestro grupo, Miguel Ángel Aguilar, revela que el discurso periodístico sobre la ciudad de México es en un 50 por ciento lo que el regente o las autoridades o los medios, en suma los agentes hegemónicos, dicen sobre la ciudad. Un lugar menor se concede a lo que los actores sociales de base, los ciudadanos, piensan o hablan de ella.

¿De qué modo la televisión y la radio han multiplicado los espacios de comunicación urbana? En general, las radios lo hacen de un modo más participativo, con el teléfono abierto, permitiendo la expresión de los ciudadanos y encontrando también formas de clientelismo en esta apertura para incentivar su mercado. En cambio, la televisión suele ser más autoritaria y más censurada, nos habla muchas veces de la ciudad desde el helicóptero o desde el estrado de Zabudowsky, o de algún otro locutor privilegiado. Estos distintos discursos, a su vez, son recibidos de maneras diferentes, en los espacios íntimos donde también se constituye el sentido urbano.

En algunas investigaciones sobre imaginarios urbanos realizadas en la ciudad de Bogotá por Amado Silva, y en



Los Ángeles por Mike Davis, así como en el libro dirigido por Mario Margulís *La ciudad de la noche*, referido a Buenos Aires, se aprecia la importancia de estos microespacios. Hicimos una experiencia parecida a la de este último libro, estudiando los salones de baile, que son importantes como lugares de agrupamiento generacional en la ciudad de México, así como los sitios donde se hacen recitales rokeros, los hoyos fonkis y otros semejantes. En medio de la descomposición de las megaciudades esos lugares son marcas, establecen una especificidad y así reordenan una problemática, que voy a tratar mañana, la de lo público y lo privado. Se establece un espacio propio para algunos sectores, donde se puede bailar, «sentirse a gusto como en la propia casa», según dijo una asistente habitual de estos salones de baile en México; de manera que estos lugares, que son públicos, en gran medida funcionan como privatizados, como lugares que se apropian algunos sectores: son semipúblicos y semiprivados a la vez.

Hemos intentado averiguar por qué lo imaginario tiene tanta importancia en la constitución de la ciudad. En México nos podemos remontar a los relatos precolombinos y de los conquistadores que refundaron la ciudad. Creo que también sería posible hacerlo en Buenos Aires. Esas narraciones constituyen un tipo de patrimonio diferente del patrimonio que estamos habituados a reconocer. Si el patrimonio urbano, el patrimonio histórico visible, material, es descuidado, mucho más ocurre con el patrimonio invisible o no tangible, según las dos denominaciones que suele usar la Unesco para referirse a él y que ha llevado a crear una

sección dentro del área de cultura para estudiar este patrimonio invisible o intangible. Este patrimonio constituido con leyendas, historias, mitos, imágenes, pinturas, películas que hablan de la ciudad, ha formado un imaginario múltiple, que no todos compartimos del mismo modo, del que seleccionamos fragmentos de relatos, y los combinamos en nuestro grupo, en nuestra propia persona, para armar una visión que nos deje poco más tranquilos y ubicados en la ciudad. Para estabilizar nuestras experiencias urbanas en constante transición.

Quiero destacar esta distinción. Podemos hablar de un patrimonio visible, o sea de los monumentos, los museos, las grandes avenidas, los edificios que enorgullecen a una ciudad y le dan una continuidad histórica, y también de algo que el folclore ha trabajado en distintas épocas, así como otro tipo de registros que han sido estudiados desde la comunicación masiva o desde el trabajo antropológico de la cultura llamada inmaterial, pero que pocas veces han sido pensados como parte del patrimonio que también hay que conservar de algún modo. Quizás una de las razones para justificar el ocuparse ahora de este patrimonio, es que tenemos más maneras de preservarlo y de guardarlo: lo podemos filmar, ya no sólo fotografiar, lo podemos registrar en formas sonoras muy sofisticadas, y transmitirlo y reproducirlo en discos compactos y en otros procedimientos más ágiles que cuando había que ir hasta un museo para enterarse de cómo había sido la ciudad en otra época.

Estas innovaciones están suscitando internacionalmente nuevas reflexiones sobre los vínculos entre cultura urbana y

patrimonio. Además, incitan a repensar lo que esto podría significar para la escuela y las comunicaciones masivas como custodios y transmisores del patrimonio intangible. Este patrimonio no es, de ninguna manera, inferior en importancia al visible. Es más: en ciudades que no tienen un gran patrimonio histórico material, todavía significa más para la población la búsqueda de signos intangibles de identidad, formas de orientación, de evocación y de memoria.

Pero ¿cómo estudiar este patrimonio tan escurridizo, cómo apreciarlo y organizarlo? Para responder hemos tratado de introducir algunas nociones desde las ciencias sociales en la teoría sobre el patrimonio. Hay que reconocer, en este sentido, que uno de los motivos por los que los científicos sociales se interesan poco en las cuestiones del patrimonio es porque parece que sólo tuviera que ver con el pasado; se presenta como una cuestión de arqueólogos, restauradores, historiadores. Pero, si descamamos entender el origen y el sentido histórico de la contemporaneidad, es preciso pensar qué hacer con el patrimonio.

Por lo tanto, tenemos necesidad de reformular qué entendemos por patrimonio de un modo vivo, no embalsamado, como algo que nos está apelando todavía hoy. Una noción de Pierre Bourdieu, la de capital simbólico, me parece útil para redefinir lo que hoy podemos entender por patrimonio cultural en relación con sus usos sociales. Bourdieu no transpuso la noción de capital simbólico hasta el patrimonio, pero es legítimo hacerlo, en el sentido de que el patrimonio no es un conjunto de bienes estables y neutros,

con valores y sentidos fijados de una vez para siempre, sino un proceso social que, como el otro capital, se acumula, se renueva, produce rendimientos, y es apropiado en forma desigual por diversos sectores. Aunque ese conjunto de bienes materiales e inmateriales que llamamos patrimonio cultural parece estar disponible para que todos lo usen, cada sector se vincula con él según las disposiciones subjetivas que ha podido adquirir y según las relaciones sociales en que está inserto.

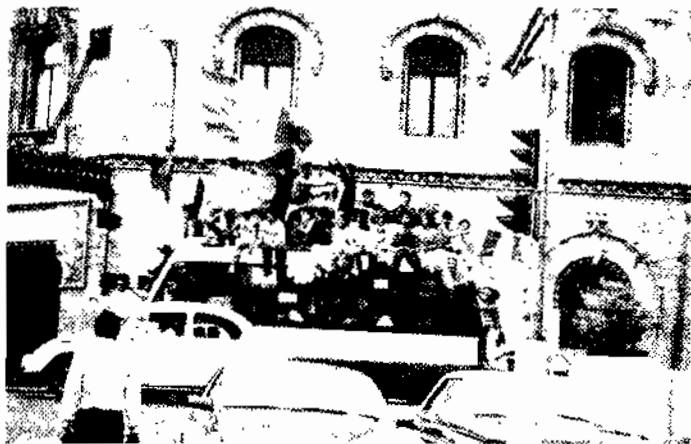
Por eso el patrimonio de una nación, o de una ciudad, es distinto para diferentes habitantes. Representa algunas experiencias comunes, pero también expresa las disputas simbólicas entre las clases, los grupos y las etnias que componen una ciudad. ¿Quiénes cuentan la ciudad en las crónicas, en las películas, en las canciones y en las exposiciones, quiénes tienen los recursos para difundir estas representaciones de lo urbano a través de libros y revistas, conciertos y discos, museos, radio y televisión? La estructura y la propiedad de los medios de producción y comunicación cultural deben ser analizados como parte de los dispositivos por medio de los cuales se conforman los patrimonios compartidos y también las divisiones entre los patrimonios de unos y otros sectores en la ciudad.

La otra noción que me parece fecunda para repensar esta cuestión es la de «comunidades imaginadas», de Benedict Anderson. La obra de Anderson suele ser citada como punto de partida para una reconceptualización de las identidades contemporáneas, porque ese autor puso

en evidencia que el nacionalismo es una artefacto cultural y no un objeto natural. La constitución del nacionalismo a través de la imaginación en la historia, dice Anderson, no lo vuelve falso, como se advierte en la gente que esta dispuesta a realizar colosales sacrificios por sus limitadas imaginaciones de lo que es lo nacional. Podemos citar también a otros historiadores, como Serge Gruzinsky en Francia, o Renato Rosaldo, antropólogo de Estados Unidos, semiólogos como Armando Silva, en Colombia, que han demostrado el importante papel que juegan las ficciones, los imaginarios colectivos, en la formación de las identidades. Este tipo de aproximación tiene consecuencias para la construcción de la ciudadanía cultural, porque esta ciudadanía no se organiza sólo sobre principios políticos, según la participación «real» en estructuras jurídicas o sociales, sino también a partir de una cultura formada en los actos e interacciones cotidianos, y en la proyección imaginaria de estos actos en mapas mentales de la vida urbana. ¿Qué es lo que hay que guardar, qué se debe conservar, qué es lo más importante para quienes vivimos en una ciudad?

Muchos presupuestos que guían la acción y las omisiones de los ciudadanos derivan de cómo percibimos los usos del espacio urbano, los problemas de consumo, tránsito y contaminación, y también de cómo imaginamos las explicaciones a estas cuestiones. Voy a presentar mañana el estudio sobre imaginarios urbanos que hicimos en México a partir de las fotografías de la ciudad y de cómo las vieron grupos focales a los que les mostrábamos las fotos. Sintéticamente,

les anticipo una conclusión que ilustra lo que vengo diciendo. En la exploración con estos grupos, aun en los sectores comerciales y educativo, no hallamos visiones de conjunto sobre la ciudad. Hasta en los sectores más politizados o más organizados para defender algo de la ciudad, suele haber visiones restringidas del propio barrio, sector o grupo social al cual se pertenece y de las instituciones con las cuales cada uno se relaciona. Casi nadie habla de la ciudad en su conjunto y casi nadie identifica causas estructurales que en la literatura de ciencias sociales son muy conocidas acerca de por qué la crisis del tránsito, de la contaminación u otras aconteceren en la ciudad. En este sentido, hablamos de una cultura prepolítica, una cultura preestructural, que se reduce a pequeños espacios. Investigar esto es del mayor interés para desarrollar la ciudadanía en nuestras ciudades, que adquiere más importancia cuando ciudades como la de Buenos Aires y México están a punto de elegir su primer intendente o gobernador no designado por el Poder Ejecutivo. ¿Cuánto se puede decidir en las elecciones y cuánto hay que decidir en otras instancias que requieren una elaboración continuada y una acción perseverante desde una cultura ciudadana? Contestar a esta pregunta puede ser un motivo para renovar la vinculación entre científicos sociales y políticos, entre la universidad y la administración pública.



Paolo Gasparini, 1994.

Preguntas

— *Se hace una pregunta que no se grabó con claridad sobre las relaciones entre lo público y lo privado, y acerca de si las tendencias a la privatización conducen a la desintegración social.*

— García Canclini: De acuerdo con lo que venimos analizando, diría que la relación entre desintegración urbana y recomposición o reactivación no puede ser concebida en términos de equivalencias. No todas las formas de privatización llevan a la desintegración. Pueden hacerlo en el sentido en que a veces separan, cuando llevan que cada uno diga «éste es mi lugar, aquí nadie se mete y yo tampoco me voy a meter ni me voy a exponer en los lugares de riesgo». En tales casos, se trata de limitar las experiencias urbanas, las vivencias y la solidaridad en la ciudad. Pero también hay experiencias de privatización, o sea de limitación de espacios y de apropiación privada que, en medio del abandono de los Estados respecto de las ciudades, de las negligencias, pueden funcionar como reactivadoras o preservadoras de patrimonios, de espacios vivibles dentro de la ciudad. Entonces, no asociaría desintegración versus reactivación o renovación con la oposición público-privado. En segundo lugar, deseo decir que, sin políticas públicas para la ciudad, una suma de privatizaciones y de defensas aisladas, no puede resolver los problemas urbanos. Hay problemas que son estructurales, compartidos, o tienen que ser resueltos en forma compartida. Algunos son superesidentes, como la

contaminación, que no discrimina demasiado entre clases sociales para oscurecernos los pulmones. Aunque también puede haber diferentes formas de protegerse o de purificar, en forma restringida, el ambiente. Otros tipos de contaminación o de dramas urbanos son más selectivos y atacan especialmente a los sectores más desprotegidos, menos calificados educacional y económicamente. Pero creo que, en buena medida, las ciudades están expresando de un modo localizado esta tensión, que se vive en general en los países periféricos, entre impulsos a la participación más competitiva en un mercado mundial de innovaciones tecnológicas, culturales y sociales; y, por otro lado, políticas hacia adentro que segmentan cada vez más desigual y asimétricamente a la población. Se permite que un cinco o un diez por ciento de los ciudadanos se vincule con estas innovaciones internacionales y se beneficie de vivir en las grandes ciudades, y una enorme población, cada vez en situaciones más degradadas, es excluida o semincorporada bajo discriminaciones.

— *¿Qué concepción de lo imaginario sería más útil para analizar la relación entre lo instituido y lo instituyente?*

— García Canclini: Estamos en un momento en que sería empobrecedor afiliarse a una sola tendencia. Nos encontramos en el cruce de muchas contribuciones al estudio de lo imaginario. Autores como Armando Silva incorporan el psicoanálisis, pero hay momentos de su libro *Imagarios urbanos* en que usa la distinción lacaniana entre lo imaginario y lo simbólico, y otros en que no lo hace. Como que, ante ciertas

necesidades de interpretación, a veces es útil esta distinción pero, en gran parte de los estudios, prevalece otra noción más antropológica de lo imaginario, como algo parecido a lo que Lacan llama simbólico, es decir, el conjunto de repertorios de símbolos con que una sociedad sistematiza y legaliza las imágenes de sí misma, y también se proyecta hacia lo diferente. Dada la relativa indeterminación epistemológica en que se halla aún la noción de imaginarios y la fertilidad que revela en diferentes usos, no me privaría de esas tres contribuciones ni de otras. Habría que mencionar también los enfoques de lo imaginario colectivo, desplegados en las reorientaciones sociosemióticas de la antropología y de la sociología. Estos análisis han permitido considerar que hay estructuras, legalidades, que rigen lo imaginario y generan su construcción y su renovación. En ese sentido, no haría tanta escisión entre lo institutivo y lo instituyente. El riesgo que señalábamos cuando hablábamos del patrimonio visto en forma embalsamada, solidificada, como existiendo de una vez para siempre, se presenta en esa distinción. En realidad, lo instituyente, no sólo lo creativo sino lo que se apoya en algo instituido a partir de lo cual se puede imaginar, está siendo reconceptualizado, reinimaginado una y otra vez. Este proceso se me hizo evidente cuando trabajamos sobre fotografías en la ciudad de México, desde los años cuarenta hasta la actualidad, y vimos cómo los fotógrafos registraron la ciudad.

Estaban reinterpretando, reelaborando el patrimonio visual en función de lo actual, desde la mirada de hoy. Pero lo actual es un momento de transición.

Bibliografía

Aldo Bononi, «La machina metrópoli», ponencia presentada al simposio *The Renaissance of the City in Europe*, Florencia, 6 al 8 de diciembre de 1992.

Rosalba Campa, «La ciudad en el discurso literario», *Sic*, N° 5, Buenos Aires, mayo de 1994.

Manuel Castells, *La cuestión urbana*, México, Siglo XXI, 1974.

————— *La ciudad informacional*, Madrid, Alianza, 1995.

Mike Davis, *City of Quartz*, New York, Vintage Books, 1992.

Néstor García Canclini, *Consumidores y ciudadanos*, México, Grijalbo, 1995.

Peter Hall, «La ville planétaire», *Revue Internationale des Sciences Sociales*, París, UNESCO, nro. 147, marzo 1996.

Mario Margulis, *La cultura de la noche. La vida nocturna de los jóvenes de Buenos Aires*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1994.

Antonio Mela, «Ciudad, comunicación, formas de racionalidad», *Diálogos*, 23, Lima, junio de 1989.

Paolo Perulli, *Atlas metropolitano. El cambio social en las grandes ciudades*, Madrid, Alianza, 1995.

Saskia Sassen, *The global City*. New York, London, Tokyo, Princeton University Press, 1991.

Armando Silva, *Imaginarios urbanos*. Bogotá y Sao Paulo.
——— *Cultura y comunicación urbana en América Latina*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1992.

Edward W. Soja, *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, Londres-Nueva York, Verso, 1989.

III

Viajes e imaginarios urbanos

Voy a reubicar algunos de los planteamientos presentados en las conferencias anteriores en el marco más específico de un estudio sobre la formación de imaginarios en la megaciudad de México. Conviene empezar explicando por qué elegí los viajes dentro de la metrópoli para explorar la constitución del imaginario urbano y qué soluciones metodológicas fuimos elaborando para realizar esta investigación.

Ante todo, debemos pensar en la ciudad a la vez como lugar para habitar y para ser imaginado. Las ciudades se construyen con casas y parques, calles, autopistas y señales de tránsito. Pero las ciudades se configuran también con imágenes. Pueden ser las de los planos que las inventan y las ordenan. Pero también imaginan el sentido de la vida urbana las novelas, canciones y películas, los relatos de la prensa, la radio y televisión. La ciudad se vuelve densa al cargarse con fantasías heterogéneas. La urbe programada para funcionar, diseñada en cuadrícula, se desborda y se multiplica en ficciones individuales y colectivas.

Las ciudades no se hacen sólo para habitarlas, sino también para viajar por ellas. En la ciudad de México varios millones de personas ocupan entre dos y cuatro horas diarias transportándose en metro, autobuses, taxis y coches particulares. En los 1500 kms. cuadrados que ocupa la mancha urbana se realizan 29 millones de viajes-persona por día. Las travesías por la capital son formas de apropiación

del espacio urbano y lugares propicios para disparar imaginarios. Al recorrer las zonas que desconocemos, nos cruzamos con múltiples actores, imaginamos cómo viven «los otros» en escenarios distintos de nuestros barrios y centros de trabajo.

Por eso, pensamos que los viajes por la ciudad pueden ser objeto de estudio de la antropología visual. La antropología, que buscó entender la relación con lo distinto explorando continentes lejanos, encuentra también en las ciudades multiculturales de occidente, el choque súbito e intrigante con otros modos de vida. La simple expansión de los transportes por la trama urbana, las interacciones violentas que provocan, pueden compararse con la irrupción de la modernidad en poblaciones «primitivas». Por experiencia directa y por los medios masivos nos enteramos de las perturbaciones que ocasiona la construcción de una nueva línea del metro, la introducción de voluminosos ómnibus y coches privados con prisa en las callejuelas de pequeños barrios. Zonas pensadas para que sus pobladores circulen parsimouiosos y hasta se detengan a conversar en las calles, como si fueran prolongaciones de sus patios, son invadidas y conquistadas por la velocidad, el ruido y la contaminación. En los cruces de autos individuales y transporte público, de camiones y peatones, del tráfico y los vendedores ambulantes, ocurren muchos de los encuentros que la vida moderna propone con la alteridad y la diferencia.



Megalópolis y micrópolis

Para explorar estos encuentros multiculturales en la ciudad hemos hecho un uso no convencional de la fotografía¹. Quizá la fotografía se diferencia de otros medios de registro y construcción de imaginarios, como la prensa, el cine y la televisión, porque fragmenta más radicalmente la ciudad. Quiero partir de la hipótesis de que hay una correspondencia entre esa operación de recorte y encuadre que es la foto y el conjunto de experiencias desarticuladas que se obtienen en una megaciudad. A diferencia de las narraciones cinematográficas, que ayudan a imaginar ciudades más o menos integradas, la fotografía ofrece escenas o instantes discontinuos que pueden aspirar a una representatividad más extensa pero siempre separan una experiencia del contexto. Rafael Argullol escribió hace poco que desde *Metrópolis*, de Lang, hasta *Blade Runner*, de Scott, o *Las alas del disco*, de Wenders, la ventaja del cine, sobre cualquier otro proceso visual, reside en sus posibilidades totalizadoras². Algunas películas consagradas a la ciudad de México, por ejemplo *Esquina baja*, de Alejandro Galindo (1948), que exhibe recorridos variados en muchos tipos de transporte por la capital, y *Lola*, de María Novaro (1989), que muestra

¹ Una exposición más amplia de esta investigación se encontrará en el libro de Néstor García Canclini, Alejandro Castellanos y Ana Rosas Mantecón *La ciudad de los viajeros. Travesías e imaginarios urbanos*. México, 1940-2000, México, Grijalbo-UAM, 1996.

² Rafael Argullol, «A cidade-turbilhao», en *Revista do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional*, 23, Rio de Janeiro, 1994, p. 59-68.

a la protagonista y su hija recomponiendo en viajes extensos las zonas de la ciudad afectadas por los sismos de 1985, confirman esta capacidad del relato filmico. La fotografía, en cambio, se parece a las percepciones aisladas y acumulativas de los habitantes de grandes ciudades, que desconocemos la ciudad entera y ya ni creemos que sea posible abarcarla, nos instalamos en micrópolis y recorremos fragmentos de las micrópolis de otros.

En alguna medida, ese carácter fragmentario de las experiencias urbanas parece superarse y, sin embargo, persiste en los viajes. Los embotellamientos, incidentes y fatigas que experimentamos al viajar nos incitan a construir interpretaciones sobre los cambios de la ciudad. ¿En qué se diferencian esas imágenes subjetivas y fragmentarias de los diagnósticos globales y los programas destinados a mejorar el transporte en la ciudad de México o controlar la contaminación? Una diferencia reside en que los programas y discursos gubernamentales parecieran ocuparse de la ciudad en su conjunto. Por ejemplo, se ha expandido el metro, que transporta diariamente casi a cinco millones de personas y se trata de desestimular el uso de los casi tres millones de automóviles. Sin embargo, conocemos las limitaciones y los fracasos del transporte público. La reciente encuesta sobre origen y destino de los viajes en el área metropolitana, realizada por INEGI³, revela en qué grado el espacio urbano está privatizado y

³ Encuesta de origen y destino de los viajes de los residentes del Área Metropolitana de la ciudad de México, INEGI, 1994.

organizado para la apropiación privada: nos informa que los habitantes usamos diariamente 3.252.000 lugares para estacionamiento, 4.7% de los cuales son públicos, 57.2% privados y 38.1% se sitúan en las vías públicas. Una de las preguntas más atractivas para hacernos hoy es cómo se reorganizan lo público y lo privado en el pensamiento de quienes circulan por la urbe, en las estrategias y las astucias con que nos movemos, en las interpretaciones con que tratamos de entender por qué la ciudad se ha transformado de esta manera.

Para explorar estos temas trabajamos con imágenes de fotos y películas⁴. Seleccionamos fotos de los años cuarenta y cincuenta, cuando la ciudad de México tenía entre un millón y medio y dos millones y medio de habitantes, el momento en que se inician la expansión industrial, las migraciones masivas desde la provincia y la modernización del habitar. También recorrimos archivos de fotógrafos de los diez últimos años, y trabajamos con Paolo Gasparini fotografiando los viajes por la capital y otras escenas conexas, elegidas en forma personal y también tomando en cuenta las investigaciones sistemáticas hechas por antropólogos y sociólogos del Programa de Estudios sobre Cultura Urbana de la Universidad Autónoma Metropolitana. De todo ese material, escogimos 12 fotos del primer período

⁴ Aquí me limito a la presentación del material fotográfico. El estudio de los filmes y la interpretación de las opiniones de los grupos ante los mismos estuvo a cargo de la correalizadora de esta investigación, Ana Rosas Mantecón.

y 40 del más reciente para centrar el análisis en la variedad de medios y experiencias de la ciudad contemporánea, dejando las imágenes del pasado como contraste. Escogimos fotos y películas que evidencian la continuidad de algunos medios de transporte (autobuses, coches, carros precarios para llevar alimentos) y otras que marcan las diferencias (el Metro, que comenzó a operar en 1969, autos de modelos recientes).

También colocamos imágenes que revelan cambios en los motivos por los cuales se viaja y en las condiciones en las cuales se hace. Esta confrontación entre pasado y presente dio lugar a observaciones interesantes, por ejemplo a propósito de la transformación más significativa para la mayoría de los grupos: la expansión de los vehículos. La foto de una pareja caminando sola por un amplio *boulevard*, rodeada únicamente por árboles, fue interpretada por uno de nuestros entrevistados como algo que no puede ocurrir sino en la noche; pero en seguida otro agregó que la escena era antigua porque actualmente, aunque fuera de noche, habría coches estacionados.

Propusimos estas 52 fotografías a 10 grupos de enfoque formados con personas que viajan intensamente por la ciudad. Partimos de la hipótesis de que las percepciones sobre los viajes estarían más elaboradas en los que tienen por actividad habitual, diaria, el circular por la ciudad. En cuanto al criterio de selección de los viajeros, supusimos que las estructuras cognitivas, perceptivas e imaginarias podrían presentarse diferenciadas según las ocupaciones por las cuales



Paolo Gasparini, 1994.

se viaja. Por lo tanto, integramos los grupos reuniendo a los entrevistados por este indicador: repartidores (de alimentos, cigarros, pilas y enciclopedias), vendedores ambulantes, policías de tránsito y taxistas. Debido a que estas ocupaciones dieron un perfil socioeconómico y educativo medio-bajo, formamos un grupo de estudiantes universitarios que viven lejos de su centro de estudios, y otro con personas de edad media (30 a 50 años) y clase media-alta, cuyas ocupaciones de venta, promoción, seguros, etc. les exigen desplazarse frecuentemente por la ciudad.

Organizamos el trabajo con los grupos en sesiones de dos horas, en torno de una mesa grande, donde se exhibían las fotos y cerca de la cual se proyectaba el video. Al comienzo, pedimos a los integrantes de cada grupo que relataran brevemente, en 2 ó 3 minutos cada uno, un día normal de sus viajes por la ciudad. Luego, les mostrábamos las 52 fotos y les pedíamos que seleccionaran las diez que les parecían más representativas de las maneras en que se viaja por la ciudad y del significado que tiene viajar para los habitantes de la capital. Sugeríamos que eligieran fotos de las distintas épocas y, si encontraban continuidades o diferencias, explicaran en qué consistían. Esta tarea generó siempre un activo diálogo entre los participantes sobre la experiencia vivida respecto a lo que hacen cuando viajan por la ciudad, lo que conocen de ella y cómo se imaginan lo que desconocen, cómo caracterizan los diferentes rumbos de esta urbe y cómo se orientan por ella. Nuestra intervención se limitaba a propiciar que todos intervinieran y agregar ocasionalmente

alguna pregunta que activara la discusión sobre las fotos o la argumentación entre posiciones divergentes. Finalmente, preguntábamos por qué lugares de la ciudad les gustaba viajar, por cuáles no, y si creían que faltaban fotografiar otras situaciones relacionadas con los viajes.

¿Es posible agrupar a los diversos tipos de viajeros como si sus discursos pudieran integrarse en una visión global sobre la ciudad de México? Siendo aún más estrictos, ¿pueden sumarse en un solo discurso grupal las voces de seis u ocho participantes que —pese a tener ocupaciones semejantes— proceden de zonas diversas de la ciudad y conforman sus experiencias urbanas también en ámbitos distintos de su trabajo?

La dispersión de las fotos seleccionadas hace evidente las dificultades de un análisis generalizador: sólo dos imágenes, la de Nacho López que muestra a varios hombres pujando para subir a un autobús, y la de Paolo Gasparini, donde se ve el periférico repleto de coches y algunos vendedores situados en medio de esta vía «rápida», fueron elegidas por ocho de los grupos. Otra imagen, la de una manifestación política por la avenida Reforma, con el monumento a El Ángel en el centro, fue seleccionada por seis grupos. De las 49 restantes, resultaron escogidas por los distintos grupos, lo cual revela una diseminación de las preferencias.

Hay que decir, sin embargo, que las discrepancias acerca de cuáles fotos eran más representativas fueron atenuándose dentro de cada grupo por un proceso de

discusión e intercambio de argumentos. En algunos casos, las decisiones tuvieron que tomarse por mayoría, pero hubo un trabajo grupal que fue construyendo el resultado. Cuando las entrevistas son individuales sólo permiten conocer la información, opiniones, léxico, recursos estilísticos y puntos de vista de una persona. Sin embargo, al realizar entrevistas en grupo, además de lo anterior, emerge una suerte de conversación grupal. Como anota Pablo Vila en su estudio sobre identidades en la frontera México-EUA, realizado también mediante entrevistas grupales a partir de fotos, una de las ventajas de esta técnica sobre las entrevistas individuales es que la dinámica grupal reconstituye formas de interacción y elaboración habituales en la sociedad: «en el contexto colectivo proporcionado por el grupo, la foto dispara un proceso social, en el cual los participantes generalmente construyen un tipo de consenso (o al menos verbalizan sus desacuerdos) acerca del significado de la fotografía, a menudo sobre la base de interpretaciones inicialmente contradictorias de la imagen. Al hacer esto, reproducen los mecanismos de construcción del sentido común en la vida diaria, que son siempre colectivos, nunca individuales»⁵.

⁵ Pablo Sergio Vila, *Everyday life. Culture and Identity on the Mexican-American Border. The Ciudad Juárez-El Paso Case*, tesis de doctorado presentada en la Universidad de Texas en Austin, agosto de 1994, p. 29.

Para qué se viaja por la ciudad

En la selección de fotos representamos diversos tipos de viajes, con finalidades a veces evidentes, a veces ambiguas, o conteniendo varias superpuestas. Quisimos que el discurso visual fuera polisémico, más abierto que el de una encuesta o una entrevista dirigida.

Las fotos escogidas sugirieron a los grupos que se viaja para ir al trabajo, y para trabajar mientras se viaja; para esperar conseguir trabajo; para vender y comprar; para informarse y usar servicios (educativos, bancarios, culturales); para encontrarse con otros; para comer, pasear y divertirse; para realizar manifestaciones de protesta política y de celebración deportiva o religiosa; para salir de la ciudad, para comunicarse dentro y fuera de ella.

Casi todas estas formas de viaje fueron identificadas y valoradas por los diversos grupos, aunque, como veremos, seleccionaron las que juzgaban principales con criterios diferentes. En general, los entrevistados se atuvieron al sentido más literal de viajar. Algunos, desconcertados, preguntaron qué tenían que hacer en este conjunto las imágenes que aludían a sentidos más indirectos o metafóricos del viaje, como las comunicaciones (teléfonos, antena parabólica).

Predominaron en la selección y en los relatos suscitados por las fotos los viajes hechos por razones de trabajo. Esto fue condicionado, en parte, porque los entrevistados fueron escogidos en ocupaciones que requieren viajar. Pero también corresponde al carácter obligado que suelen tener los viajes en medio del tráfico denso, la contaminación y

otras incomodidades urbanas a las que todos los grupos se refirieron.

En un estudio previo sobre consumos culturales en la ciudad de México encontramos que la apropiación del espacio urbano en el tiempo libre —y por tanto los viajes «por placer»— están restringidos por las enormes distancias que se debe atravesar para llegar a un teatro, un cine o un estadio, y por los esfuerzos que implica trasladarse en una ciudad donde la expansión de la mancha urbana creció más rápido que el transporte y los equipamientos culturales. La mayor parte de aquella muestra, realizada en 1500 hogares, representativos del conjunto de la población, manifestó preferir usar el tiempo libre para quedarse en la casa. Aun quienes dijeron salir con más frecuencia —los solteros, los jóvenes, los de mayor escolaridad y con ocupaciones que suponen largas horas de «encierro» en su trabajo— lo hacían pocas veces y constituían una minoría. Observamos que el repliegue en la vida doméstica era favorecido también por la diseminación de los medios electrónicos de comunicación que llevan el entretenimiento y la información a domicilio: estos medios se difundieron masivamente en la segunda mitad de este siglo, en el mismo período en que se aceleró la expansión demográfica y espacial de la capital mexicana.

Mientras el anárquico crecimiento urbano desarticulaba las partes de la ciudad y dificultaba las travesías, la radio y la televisión fueron enlazando a los habitantes con informaciones y programas de participación que hacen posible

«viajes audiovisuales» por lo que ocurre cada día en la megalópolis⁶.

En las entrevistas grupales que aquí presentamos, el gusto por viajar, el viaje por gusto, es mencionado por muy pocos participantes. «A mí me gustan los carros», «me gusta andar en la calle», dicen algunos taxistas, sobre todo si se puede «tener esta satisfacción y esta calma de poder trabajar cuando yo quiera». Los vendedores ambulantes también disfrutan la distracción que encuentran en espacios públicos y en el uso del tiempo administrado personalmente: «es más desahogado que estar en una empresa encerrado y estar obligado a la tarea que le encomiendan». No significa que no deban hacer esfuerzos, ya que son precisamente estos sectores populares, sobre todo los que carecen de coche propio, por ejemplo los repartidores, quienes dicen despertarse más temprano (entre las 4 y 6 de la mañana), para llegar a tiempo a la empresa u ocupar su lugar de venta.

Para la mayoría viajar por la ciudad es una obligación agotadora, que prefieren evitar cuando el trabajo no lo exige. «A lo mejor hay cosas importantes que disfrutar, museos, pero tenemos la idea de que estar en la ciudad es estresante, es cansado, preferimos no salir o estamos encerrados en el trabajo o encerrados en la casa descansando, a lo mejor viendo televisión». El equivalente del



Paolo Gasparini, 1994.

⁶ Néstor García Canclini y Mabel Piccini, «Culturas de ciudad de México: símbolos colectivos y usos del espacio urbano», en *El consumo cultural en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992.

encapsulamiento doméstico frente a los medios electrónicos en el proceso de transitar por la ciudad, fue señalado en la foto tomada a alguien que viaja con *walkman*: «una forma de aislarse del tráfico, de relajarse». Esa escena se halla tan incorporada que fue descrita como «una imagen muy clásica».

En los sectores con mayor nivel educativo se valora más el «ir al centro», visitar «tantas iglesias, tantas calles y casas tan antiguas». Pero los paseos y la contemplación estética de «las partes bellas de la ciudad» se asocian con las fotos del pasado y se sitúan en relatos de lo vivido hace varias décadas.

Además del «caos vehicular», se acusa de haber arruinado el placer de transitar por la ciudad a la contaminación y, en los grupos medios y altos, a los migrantes, los vendedores ambulantes y otros sectores populares. «Uno evita las colonias populares... donde no hay forma para hacer agradable la vista». Por eso, rechazan las fotos de «la indita pidiendo dinero», los niños tirados en una plazuela junto con una escultura, esas imágenes que representan «el país tercermundista».

A diferencia de las experiencias que se tienen en la casa y el barrio, donde se elige el entorno de acuerdo con el nivel económico de los residentes, los viajes obligan a confrontarse con sectores muy diversos. Por lo tanto, los viajes son situaciones reveladoras de cómo se confrontan las prácticas divergentes en la vida de la ciudad, cómo se imaginan en forma diversa las explicaciones de los males urbanos.

Todos coinciden en que se han incrementado el tráfico, el desorden y la inseguridad, pero seleccionan distintas fotos para identificar esos problemas y, aun cuando prefieren las mismas imágenes, construyen interpretaciones distintas.

En rigor, no hay interpretaciones compartidas por todos. La mayoría se muestra desconcertada por los cambios negativos de los últimos años que han vuelto peligrosa, contaminada y caótica la ciudad. Una de las transformaciones invocada con más frecuencia para explicar estos males es el incremento de migrantes. Hay quien comprende, con una perspectiva más estructural, que «el sistema nos tiene tan apretados que hace que la gente de provincia emigre hacia la capital a buscar el medio de sustento». Pero, varios afirman que no se puede venir así, viajar a la gran ciudad «a ver si corren con suerte», «la verdad es que son gentes que no están preparadas». El desempleo es visto por algunos como consecuencia de «la crisis», pero otros lo atribuyen al exceso de migrantes y a su falta de habilidad o esfuerzo para insertarse en la gran urbe.

Una de las diferencias notorias entre los entrevistados aparece al confrontar las narraciones policiales con las de los restantes viajeros. Cuando los grupos ya citados se referían a los factores que entorpecen los viajes y provocan peligros mencionaban, entre ellos, la corrupción, y algunos aludieron a los policías como inefficientes, cómplices o directamente responsables de asaltos. En rigor, más que relatos de hechos, escuchamos relatos de sospechas: «era un Tsuru rojo y tenía los cristales polarizados», «me interrogaron los judiciales,

me preguntaron cómo había estado la situación, lógicamente lo conocían y sabían quién era, pues era un compañero que no estaba». Si bien es habitual que las interpretaciones de las fotos y los relatos de viajes presenten una tensión entre lo real y lo imaginario, en lo referente a la inseguridad y, sobre todo, a las intervenciones policiales, las narraciones se presentan como relatos de lo imaginado pero que serían, por el propio carácter encubierto de los hechos, el único modo de aludir a lo real.

En tanto, los policías presentan una visión clara, segura, de cuál debe ser el orden de la ciudad y de sus viajes. Describen sus acciones como rutinas precisas destinadas a que todo funcione: «El trabajo consiste desde temprano en salir a recorrer las vías principales, por decir Tlahuac, Periférico, para evitar que haya algún congestionamiento, un percance, un carro descompuesto». Su tarea es asegurar la normalidad, algo tan sencillo como «que los conductores se apeguen al reglamento de tránsito». A diferencia de los demás diagnósticos, sostienen que «el problema de la vialidad no es que falten calles, no es que falte más transportación»; más bien lo «que hace falta es mucha educación vial».

La ciudad entera es mirada por los policías, del mismo modo que por los taxistas, los repartidores y los vendedores ambulantes, como un espacio por donde se viaja. Pero la visión policial del viaje no es la de una sucesión de complicaciones o trastornos indeseables, como en los otros actores, sino de un lugar donde pueden esperarse transgresiones e irregularidades.

Por eso, la elección de los policías se concentró en las fotos de manifestaciones políticas y deportivas, coches estacionados sobre la banqueta, puestos de periódicos que obstruyen la circulación de los peatones, niños acostados en una glorieta que «afcan» la escultura y la fuente de agua, el Periférico lleno de autos entremezclados con vendedores ambulantes. Cuando preguntamos por las imágenes urbanas representativas que faltaban, mencionaron «las mamás [que] van a dejar a los niños a las escuelas y se estacionan en doble, hasta en tercera fila», los microbuses que hacen lo mismo, «las mujeres que se van pintando en el carro o los conductores que van leyendo el periódico», cuando «están hablando por el celular y está el semáforo en siga», «cuando la gente está cruzando abajo del puente peatonal en la vías rápidas», «las colonias populares que tienen pintarrajeadas las paredes con palabras soeces». En suma, lo representativo es lo que transgrede «el orden de la vialidad», y «las buenas costumbres».

Tácticas, transacciones y desvíos

Los taxistas, los vendedores, y la gente de clase media hablan de lo que significa la corrupción de los policías para el tránsito; los estudiantes dicen que «siempre que viajas esperas que no te pare un policía». En tanto, los policías se refieren a las irregularidades de los choferes de taxis y de «los propietarios de casas-habitación, por lo menos en Las Lomas, donde piensan que también son dueños de su banqueta

y suben los vehículos, y no permiten que pase absolutamente ni el peatón».

Más allá de las acusaciones recíprocas, otros comentarios de estos grupos permiten interpretar esos comportamientos irregulares como tácticas usadas por viajeros, tanto policías como civiles, para conseguir circular, estacionarse, llegar más o menos a tiempo, en una incertidumbre compleja que atasca a la gente y los coches. Impide, en suma, apropiarse del espacio.

Los taxistas se pasan los semáforos y los policías «les piden cuota». Si el coche y el negocio ambulante no encuentran lugar, recurren a la vereda. Si el peatón está apurado, no se molesta en dar el rodeo para subir al puente cuando cruza el eje vial. Quizá más que de estrategias, se trata de tácticas, porque estos diálogos sugieren no tanto la búsqueda de soluciones para que todos viajen mejor sino la invención constante de pequeños arreglos personales y transacciones sólo pendientes del sentido inmediato. Una estrategia implicaría situar la propia conducta en la búsqueda de mayor racionalidad en la vida urbana, que hiciera posible una mejor gestión de dificultades semejantes. Las tácticas, en cambio, como anota Michel de Certeau, son «operaciones multiformes y fragmentarias» que no buscan producir cambios estructurales⁷. Por eso, este autor sostiene que la táctica es «una victoria del lugar sobre el tiempo» y que «lo que ella gana no lo guarda». Sin embargo, las experiencias

⁷ Michel de Certeau, *L'invention du quotidien*. 1. *Arts de faire*, Paris, Union Général d'Éditions, 10/18, 1980, p.15 y 19.

urbanas que registramos revelan que a veces los aprendizajes se acumulan: con la sucesión cotidiana de estas pequeñas tácticas se va construyendo un tipo particular de ciudadano que contribuye a la reproducción de la desigualdad sistémica y a legitimar la corrupción.

En los momentos de mayor soltura en las conversaciones, algunos participantes enunciaron con claridad estas tácticas y las expusieron como modos de acomodación del pensamiento a adversidades difícilmente controlables. La amenaza de la contaminación, por la cual se piensa que «es suicidarse si vas a correr», se atenía si «lo podemos ver de esta forma: la contaminación, los alimentos, todo es una forma de intoxicación, y al sudarlo tantito es una forma de desintoxicarnos. Sí, recibimos algo de eso, pero lo que estamos sacando afuera es lo que nos hace sentirnos mejor».

Estas interpretaciones fantaseosas son estimuladas, en cierto modo, por el carácter demasiado vasto y complejo de lo que sucede en la gran ciudad. Así como para alcanzar los objetivos de los viajes hay que usar desvíos o atajos, convivir con los problemas que parecen irresolubles incita a ensayar tácticas del pensamiento, «resolver» en lo imaginario, hacer «sentir» habitable un entorno hostil. Importa menos saber cómo funciona efectivamente la sociedad que imaginar algún tipo de coherencia que ayude a vivir en ella.

El trabajo con los grupos mostró que la apropiación fragmentaria del espacio urbano lograda en los viajes lleva a concebir «soluciones» a los problemas viales que se ubican, como juegos de lenguaje, en el sentido de Wittgenstein, entre lo

real y lo imaginario, entre lo que se sabe y lo que se supone, entre lo que es bueno para cada uno y cómo cada uno se va acomodando para convivir con lo que le toca. Es significativo que casi no haya habido referencias a soluciones estratégicas. El imaginario de los viajeros es un imaginario de tácticas, de corto plazo. Además, revelaban escasa información sobre lo que los técnicos, los urbanistas, los políticos y el periodismo vienen diciendo en los últimos años acerca de lo que habría que cambiar en la ciudad. La mayor parte de las propuestas de los viajeros fueron educativas o morales, apelaciones a la responsabilidad individual.

«Más educación vial para que todo sea con más responsabilidad y más eficiencia» fue la demanda principal de los policías y de los sectores medios. Ambos grupos sugirieron que la gente viva más cerca de sus trabajos. Los participantes de clase media, quienes más criticaron la llegada masiva de migrantes de provincia, fueron los que invocaron la solidaridad nacional: «si tuviéramos un país unido, si nos ayudáramos unos a otros, otra cosa sería»... «Somos muy egoístas: ¡Ay! ¿Yo por qué me voy a quedar un día sin coche?»

Notas para posibles conclusiones

1. ¿Qué podemos saber luego de esta recorrida por lo que diez grupos de viajeros por la ciudad de México nos dicen de cómo se vive en ella? En cierta medida, son conocimientos que ya teníamos. Si comparamos los discursos generados ante estas fotos con los datos duros sobre la urbe,

las cifras de su crecimiento demográfico y espacial, la multiplicación y complejidad del transporte, las dificultades para desplazarse en espacios públicos y la tendencia a recluirse en la vida doméstica, la información reunida aquí agrega poco. Pero si eso es lo que queremos saber, no es este el procedimiento para buscarlo.

Las investigaciones cualitativas son útiles para acceder a las formas en que diferentes sujetos —y grupos de sujetos— viven esas condiciones «objetivas», construyen sus mundos privados en relación con las estructuras públicas. Una vasta zona de esos mundos privados es imaginaria, y por eso resulta comprensible que se manifieste no tanto cuando se hacen encuestas y se busca sumar generalidades como cuando se muestran imágenes y se invita a contar lo que cada uno ve y fantasea a partir de ellas.

Quizá lo que hemos podido conocer, ante todo, con este procedimiento, es que gran parte de lo que acontece en la ciudad, aun lo que más nos concierne, es incognoscible. Un riesgo de quienes nos dedicamos a reunir información sobre una gran ciudad es olvidar que para la enorme mayoría la urbe es un objeto enigmático, y para vivir en ella la gente elabora suposiciones, mitos, articula interpretaciones parciales tomadas de distintas fuentes, con todo lo cual se arman versiones de lo real que poco tienen que ver con lo que podrían decir las versiones llamadas explicaciones científicas.

Esta distancia, este desacuerdo, entre los imaginarios privados y las explicaciones públicas es mayor en una megalópolis tan difícil de abarcar. Por eso, con la suma de

los imaginarios (aunque trabajáramos no con 10 sino con 100 ó 1,000 grupos) sería imposible construir croquis estadísticamente representativos de los viajes (reales e imaginarios) por la ciudad, ni de los cruces multiculturales, ni de los sinuosos estereotipos que unos grupos se hacen sobre los otros y con los cuales orientan sus conductas. Al tratar estos asuntos con métodos cualitativos sólo podemos arribar a otro nivel de conocimiento, que fue brevemente anunciado hace unos años por Frederic Jameson en uno de los textos fundacionales del pensamiento posmoderno⁸.

Jameson se refería a la obra clásica de Kevin Lynch, *La imagen de la ciudad*⁹, donde este autor se preocupaba de que en las grandes urbes los habitantes se alienen al ser incapaces de representarse (mentalmente) su propia posición dentro de la totalidad en que viven. Carentes de las señales tradicionales, como monumentos y límites naturales, se sienten desconcertados cuando deben abarcar zonas muy heterogéneas o demasiado parecidas, tréboles de viaductos y autopistas. La desalienación requeriría, según Lynch, reconquistar el sentido de los lugares y construir o reconstruir conjuntos de interrelaciones susceptibles de ser retenidos en la memoria.

⁸ Frederic Jameson, «El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío», Casa de las Américas, 155-156, marzo-junio de 1986, p. 141-173.

⁹ Kevin Lynch, *La imagen de la ciudad*, México-Barcelona, Gustavo Gili, 1984.



Paolo Gasparini. 1994

Esta concepción mimética de las correspondencias entre representación y realidad, entre mapas y ciudades, que tantas críticas recibe en las concepciones posestructuralistas, se vuelve particularmente insostenible si lo que estamos tratando son las relaciones imaginarias que todos tenemos con las estructuras urbanas. ¿Dónde está el sujeto, el grupo, el grupo de investigación o el Regente, capaces de alcanzar una visión de la ciudad como un todo completo? Los actores nos movemos en la megalópolis con «operaciones precartográficas» (así las llama Jameson) y sus resultados apenas pueden convertirse en itinerarios, no en mapas; «son diagramas organizados alrededor del viaje todavía centrado en el sujeto o el viaje existencial», y que indican «oasis, cadenas montañosas, ríos, monumentos». Esta clase de itinerarios se parece a la «carta marina o portulans, donde se señalaban los rasgos de la costa para uso de los navegantes de 1 Mediterráneo, que rara vez se aventuran a salir al mar abierto»¹⁰.

Tampoco los investigadores sobre la ciudad disponemos del mapa global que a los demás les falta. Quizá la diferencia sería que tenemos algo así como una aspiración controlada a los mapas. No a uno que abarcara todo, sino a un conjunto de cartas de navegación, y asimismo, la preocupación por elaborar procedimientos que permitan distinguir algunos referentes y estructuras «reales» de los mapas cognitivos que cada grupo de viajeros urbanos se construye, y entender desde qué posiciones y con qué tácticas se los

traza de ese modo. No se trata de elaborar un mapa objetivo de los imaginarios, sino confrontar las cartas de navegación imaginarias, las narraciones que diversos sectores hacen de sus itinerarios por la ciudad, con los mapas de los planificadores y los sociólogos urbanos.

2. Establecer qué sectores tienen y por qué tales mapas, y por qué tales otros poseen menos, y, sobre todo, por qué esos mapas buscan, más que el conocimiento preciso, operar como cartas que ayuden a viajar por ciertas zonas de la ciudad y evitar otras, resulta de valor para elaborar políticas y decisiones prácticas. Quizá también para repensar lo que hoy puede significar el arte urbano. Si los viajes son un tipo de recorridos donde se organiza gran parte del sentido (común) que la ciudad tiene para los sujetos, por tanto de su cultura urbana, deben ser importantes para la constitución de lo que suele llamarse cultura política y ejercicio de la ciudadanía.

No podemos, evidentemente, limitarnos a lo que los habitantes nos dicen en tanto viajeros para llegar a conclusiones sobre estos temas. Algunos habitantes de la ciudad también constituyen y manifiestan su cultura política y su desempeño ciudadano a través de partidos, movimientos sociales, elecciones y consultas. Pero muchos otros se relacionan con la vida urbana más bien como usuarios de medios de transporte y de comunicación electrónica, de centros comerciales y culturales, de lugares para comer, pasear y divertirse.

La información y las interpretaciones sobre las necesidades y los males de la ciudad que obtuvimos entre los viajeros,

¹⁰ Frederic Jameson, op. cit., pp. 171-172.

así como otros estudios referidos a aspectos no explícitamente políticos de la cultura urbana, revelan cartas de navegación muy diferentes de las que suelen manejarse cuando se convoca (políticamente) a la población a participar en la solución de los problemas de la ciudad. Las entrevistas con fotos nos dejan un tipo particular de información: un conjunto de tácticas, desvíos y fantasías que constituyen una cultura urbana y una cultura política, o sea lógicas ancladas en lo práctico, formas de imaginación y resignación que se manifiestan como modos de pensar la política en la ciudad, la ciudad como objeto (posible o imposible) de políticas.

Las fotos, decíamos antes, ofrecen imágenes discontinuas. Pero con esos fragmentos los fotógrafos y también los viajeros comunes pueden armar relatos múltiples. Esas narraciones revelan varias culturas urbanas, que se expresan en diversos tipos de culturas políticas. En general, los entrevistados se enorgullecen de las iglesias antiguas y otros monumentos coloniales del centro histórico. Pero los sectores medios y altos se quejan de que la complejidad actual de la ciudad les dificulta gozarlos, por lo cual ubican ese placer en relatos del pasado. También protestan contra otros resultados de la modernidad: la contaminación, los migrantes populares que extendieron desmesuradamente la urbe y la «alcarrón» con sus casas de autoconstrucción y puestos de venta improvisados.

Los enormes espacios virtuales que quedan entre foto y foto permiten que cada viajero-espectador los llene de

maneras diversas. Una estética de la discontinuidad se alía con la experiencia de la fragmentación urbana para facilitar una relación creativa con las fotos. Pero tal vez por eso las narraciones de los viajeros se parecen poco a los diagnósticos «objetivos» sobre la ciudad. La falta de planificación, de un diseño racional del crecimiento urbano, que en la bibliografía sobre la ciudad de México se considera clave de sus deficiencias, casi no aparece en los comentarios. Se elogian vagamente «los avances modernos» -el Periférico, el Viaducto, el Metro-, pero los ven como hechos aislados y algunos como eco de «la influencia extranjera» que «ha hecho que progreseemos». Predomina el desconcierto ante una ciudad que se modernizó y al mismo tiempo se volvió más insegura, contaminada y caótica: ¿qué modernidad es ésta en la que «nuestro nivel de vida ha subido y el nivel adquisitivo ha bajado»?

Ante la dificultad de entender la estructura de estas contradicciones, se sintió la culpabilidad en grupos particulares: los migrantes sin preparación para vivir en la gran ciudad, las manifestaciones políticas que entorpecen el tránsito, el exceso de coches (aunque nadie menciona responsables), la corrupción de los policías, los dueños y dueñas de autos que los estacionan en tercera fila. Una cultura urbana construida como casuística engendra una cultura prepolítica, donde más que causas sistémicas se identifican culpables aislados.

3. Es lógico que ante esta baja percepción de los problemas estructurales de la ciudad y de los viajes, tampoco se

preste atención a cuestiones que requieren un nivel alto de abstracción y que son relativamente recientes. Sólo los grupos de mayor nivel educativo hablaron de las fotos con antenas parabólicas, letreros y periódicos en inglés, como síntomas de la interconexión con el mundo. De algún modo, la importancia que tiene la inserción de la ciudad en la globalización para sus habitantes estuvo presente en las referencias a Nueva York, Los Ángeles, Japón y China. Pero también este horizonte internacional, como la visión hacia adentro de la ciudad, está hecho de casos sueltos, sobre los que se cuenta con poca información.

Hay acuerdo, al menos, en que los viajes son centrales en el tiempo y el espacio urbanos. Podría decirse que esta percepción de los entrevistados coincide con la de algunos especialistas, para los cuales el viaje es hoy núcleo de la vida urbana tanto como la casa. La ciudad se impone como unidad indisoluble de «morada-viaje», en el sentido en que la pensó desde principios de siglo Walter Benjamin y en que recientemente comenzó a considerarla James Clifford en su análisis del viaje como parte del objeto de estudio antropológico¹¹.

Sin duda, esto es particularmente evidente en una megalópolis, un lugar que se siente ilimitado, donde las largas travesías de cada día hacen reflexionar lo que escuchamos

¹¹ James Clifford, "Traveling Cultures", en Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula Treicher (eds.), *Cultural Studies*, Nueva York-Londres, Routledge, 1992, pp. 96-112.

intereses públicos. Sólo una acción muy energética desde las sociedades podrá».

Preguntas

— ¿Cómo se concilia la afirmación de que las grandes ciudades fomentan el encierro en la vida familiar con la gran cantidad de personas que se ve en las calles de México?

— García Canclini: Es difícil a veces explicar la coexistencia de formas diversas de uso de la ciudad. Efectivamente, una objeción que nos han hecho quienes han visitado la ciudad de México es por qué le damos tanta importancia al repliegue en la vida doméstica si se ve tanta gente en las calles. Los dos hechos son verdaderos. Se necesita, como en otras ciudades, viajar mucho, ocupar el espacio público, pero a la vez, cuando no se tiene la obligación de hacerlo para trabajar, para llegar a algún lugar, uno trata de replegarse, de no salir. Esto se aprecia también a propósito de lo que no se hace en la ciudad: «Sí, me perdí tal película, porque no quería viajar hasta allá», «Hace tanto que no voy a ver a mis padres porque viven en la otra punta de la ciudad, y son 30 o 40 kilómetros». Una distinción básica que elaboramos en el libro publicado sobre esta investigación es entre los viajes por obligación, que son diarios y a menudo extensos, y los viajes por placer, que suponen otros usos del espacio público.

— ¿Cómo influyó el sismo de 1985 en el desarrollo de la conciencia ciudadana?

— García Canclini: Notoriamente. Antes del 85 no había conciencia general sobre el desastre de la ciudad. Ahora hay un debate amplio en los medios y en los movimientos populares, que comenzaron a existir, muchos de ellos, por razones pragmáticas: había que reconstruir, había que lograr viviendas para quienes las habían perdido. En los días inmediatos al sismo, hubo 300,000 personas, en su mayoría jóvenes, que circulaban de un lado a otro por la ciudad; habían colocado en sus coches particulares cruces rojas y blancas, y daban auxilio, o veían qué se podía hacer. Ese movimiento inmediato tuvo una continuación en organismos de damnificados, gente sin habitación, y en una conciencia sobre los males de la ciudad que ha tenido efecto sobre cuestiones que no tienen mucho que ver con el sismo, como es la contaminación. Hasta el año 85 no se había hecho nada en favor de la pureza del aire. Dos o tres años después empezó a cambiar la composición de la nafta, colocaron convertidores catalíticos a los coches, se modificó el sistema de transporte público de pasajeros y se amplió mucho el Metro. El Metro crece en la ciudad de México a razón de unos diez kilómetros por año. En verdad, hay obras públicas importantes, pero se hacen tardíamente, cuando la ciudad ya está en un grado de deterioro serio.

— Yo sigo teniendo la pregunta de ayer: ¿cómo se entiende el renacimiento de la ciudad frente a esta creciente

hegemonía de esferas públicas minoritarias cerradas, protegidas, donde el intercambio y la interacción entre los múltiples otros, se hace cada vez más difícil?

— García Canclini: En parte se explica por estas acciones que acabamos de enumerar.

Aun ciudades que no han tenido sismos o grandes acontecimientos reveladores de sus miserias, también, por otras razones, han vuelto a pensar sobre sí mismas. Las razones son muchas y varían según las ciudades. Algunos autores señalan que la crisis de los grandes paradigmas ideológicos con los que se quería cambiar el mundo ha llevado a buscar unidades de análisis y de cambios más cercanos, como por ejemplo la ciudad en la que vivo. Otra línea de pensamiento promueve en forma mercantil a las ciudades, busca mejorarlas y renovarlas para «venderlas» internacionalmente como lugares seguros, habitables, «turistizables». En fin, hay varias razones por las cuales esto ha ocurrido, por intereses de mercado, por intereses políticos o por un crecimiento de la conciencia social. No es ninguna casualidad que varias ciudades latinoamericanas, como Buenos Aires y México, por primera vez estén pudiendo elegir a sus intendentes. Esto expresa el desarrollo de la conciencia social en un período de caída de los partidos, de la credibilidad ideológica, pero de reinsertión de esa conciencia en nuevos espacios, uno de los cuales es el espacio urbano.

— Yo quería pedirle que ampliara un poco más sobre la metodología de trabajo que emplearon cuando trabajaban

en la constitución de los imaginarios a partir de los grupos focales.

— García Canclini: Conviene aclarar que esa no fue la primera parte de la investigación.

Llevábamos unos cinco años reuniendo documentos, haciendo investigaciones de campo y entrevistas, que luego permitieron llegar a una investigación cualitativa y con imágenes. El video y las fotos, el trabajo de antropología visual, fue posible después de una investigación ya asentada, con datos duros. Cuando uno descubre la insuficiencia de esos datos duros, de los datos macro, adquiere más sentido ocuparse de lo cualitativo. Creo que muchos tenemos experiencias personales en el sentido de que cuando se empieza a trabajar sobre una pequeña unidad sin entender mínimamente algunas coordenadas generales, se ve poco significado a los datos. Los datos adquieren sentido colocados en una red.

Otro problema metodológico se suscitó cuando seleccionamos por ocupación a los que más viajaban, o sea a choferes, vendedores ambulantes, policías de tránsito. Nos dimos cuenta que nos salía una muestra demasiado popular, y tuvimos que recurrir a otros sectores. Pero los grupos de nivel medio y alto no se dejan fotografiar. Ustedes vieron que hay pocas fotografías de la burguesía, y no es por que no haya burguesía en la ciudad de México. Tienen sus barrios y lugares de esparcimiento; pero es mucho más difícil entrar en esos lugares y que permitan registrarlos. También cuesta más



Christa Cowire. Palacio Legislativo, 1994.

lograr que ellos expresen lo que sienten al viajar y quieran interactuar con otros.

Por lo demás, las reglas son las básicas del trabajo con dinámica de grupos. La idea era provocar una expresión lo más libre posible, por lo cual colocábamos muy pocas preguntas. Primero: ¿cuáles son las diez fotos que más les gustan y les parecen representativas de cómo se viaja o cómo es la ciudad de México? Segundo: ¿Qué fotos faltan? Otra técnica fue empezar el trabajo con el grupo pidiendo que cada uno de los seis u ocho que lo formaban cuente en no más de dos minutos cómo es un día normal de viaje por la ciudad. Después, había un tiempo abierto para que el grupo tuviera su propia dinámica, y anotábamos cuál era esa dinámica y no sólo lo que decían. Se trataba de dejar que las imágenes ganaran aprovechando su menor condicionamiento que la pregunta verbal de la encuesta o de la entrevista: que su polisemia pudiera actuar.

— Es muy interesante construir desde este no-lugar, desde esta «cosa en marcha», desde el «durante», y parecería que esta metodología que considera la discontinuidad y el recorte, signa un estilo, un perfil de investigador, un investigador en tránsito o en marcha, en peregrinación; y pensaba en un investigador que construye la historia desde este «voy para allá», desde este decir «ya voy», y qué pasa en el medio, como una especie de investigador del montaje, del «qué pasa en el medio». ¿Se puede hacer una lectura de ese tipo?

— García Canclini: Sí, me gusta. Quizá yo haría un contraste entre la primera conferencia y el final de esta última, más abierto, que genera incertidumbre. Trabajar hoy en ciencias sociales y en humanidades es trabajar con esa incertidumbre. No hay estilos metodológicos únicos, de absoluta confiabilidad, que van a dar resultados seguros. Hay que usar varias aproximaciones y ver qué pasa con los hechos, qué nos pasa a nosotros en medio de eso. De algún modo, también estoy experimentando con ustedes hoy, pues quería ver por primera vez qué pasaba fuera de México con estas imágenes de México.

— Yo iba a hacer un pequeño comentario acerca de lo que vos trajiste de los no-lugares. A mí me parecía que si hay algo que es un lugar es lo que vivimos recién.

Pensaba esto porque creo que a todos nos debe haber pasado en algún momento por la cabeza cómo haríamos un relato así de nuestra ciudad. Por lo pronto, Buenos Aires no tiene esa densidad de lugar que tiene México, no tiene esa presencia en la historia, esa coexistencia de capas, que están allí presentes. Por otro lado, en un momento del texto, Monsiváis dice esa imposibilidad de México de renunciar al nacionalismo y esa imposibilidad de México de renunciar al americanismo, a la americanización, y yo decía, bueno, esta narración audiovisual que acabamos de ver es lo menos americanizable que uno puede imaginar como una narración. Ahora, ¿es posible una narración así de Buenos Aires? Me imagino que una narración así de Buenos Aires sería

mucho más americanizada que la que acabamos de ver. No sé si es posible mostrar el contraste así, en una ciudad como la nuestra; me parece que es distinto y que tiene mucho que ver con esa densidad histórica que tiene la ciudad y con esa coexistencia de capas, con esos rasgos de identidad que persisten, se combinan y se mezclan. Esta narración, además, que no está patrocinada por el Ministerio de Turismo de México, seguramente, no es parte de esta ciudad que quiere venderse; además, está elegida como un trayecto en Internet, es un trayecto donde pasamos varias veces por nodos pero que no va a ningún lado. A mí me gustaba esa imagen que vos diste: el investigador también es alguien que va para allá pero no sabe donde es. Este es un recorrido en el que pasamos por un lugar pero no sabemos de dónde venimos ni a dónde vamos, ni cuál es el recorrido que nos está proponiendo. Creo que en ese sentido, uno de los hallazgos que nos impacta a nosotros del video es la posibilidad de mostrar esa densidad en la calle, sin recorrido prácticamente, solamente como experiencia.

— Con respecto a lo que se acaba de decir, a mí también, aunque no conozco México, cuando miraba el documental se me ocurría cómo podría ser ese documental sobre una ciudad como Buenos Aires, y yo decía: es muy distinto, no tienes esa ruina histórica en la cual está puesta México. Pero a mí se me ocurría todo el tiempo el tema de Buenos Aires, la reina del Plata, Buenos Aires la ciudad europea de América, y en eso mezcladas las madres de Plaza

de Mayo en el medio, como un monumento histórico a esta altura, y además creo que hasta la misma función que tiene el obelisco en el medio, un lugar de paso de todos los jueves, como que uno lo ha integrado al paisaje de Buenos Aires, así los miércoles en Congreso también, con los jubilados. Este tipo de cosas que, ahí disiento también con lo que se dijo, tiene muchísima densidad podría incrementarse con los monumentos históricos muy parisinos que tenemos dentro de Buenos Aires, mezclados con Caminito, con Puerto Madero a quince minutos de Caminito, las madres de Plaza de Mayo ubicadas, no sé, a diez minutos de la Bolsa de Comercio, todo ese tipo de cosas que también hacen muy denso a Buenos Aires. Hacer un recorrido por la costa llegando a lo que es ahora el Tren de la Costa, que pasa por los barrios más ricos de San Isidro y por las villas más pobres de San Isidro, de un lado y del otro del tren. Se me ocurría que, a pesar de que Buenos Aires no tiene esas ruinas históricas que hay en México, tenemos otras «ruinas», y una densidad muy, muy grande, una ciudad que se cree está integrada a Europa, porque somos del primer mundo, como dice el presidente, pero a la vez tiene todo esto de una ciudad muy latinoamericana, con este medio paso entre la modernidad y la posmodernidad, lo híbrido y todo eso.

— Me parece muy interesante lo que se acaba de señalar, porque siempre estamos buscando alguna verdad a la cual parecerse. El tema es: ¿cómo sería posible concebir un producto de esta naturaleza en la ciudad de Buenos Aires?

Yo creo que es impensable, precisamente por lo que decía ella, o sea que la densidad histórica acá probablemente es otra. Necesitaríamos buscar otras pautas u otras maneras de ver, porque a lo mejor tenemos que ver otro tipo de cosas, tenemos otra historia, y nuestras ruinas son otras, y lo que pasa por la calle que ella acaba de describir es diferente. Me parece importante eso, como que probablemente para cada situación haya que inventar, como decía Néstor, una manera de investigarse, inventar una manera de mirarse según lo que se quiera mirar. Respecto del video yo quería preguntar si había algún tipo de propuesta o de posibilidad de estetización como estrategia para construir participaciones democráticas de otra naturaleza.

— García Canclini: Se mencionan dos cuestiones que no son fáciles de juntar.

Preguntaron si había una propuesta de estetización en el audiovisual, y si había una propuesta de participación, de difusión. Sí, las dos cuestiones estuvieron en el origen de nuestro proyecto: no hacer simplemente una investigación que se publica, se traduce en ponencias y queda dentro de un ámbito académico, como ahora estamos haciendo. Hubo la intención de hacer varios audiovisuales. Personalmente estuve relacionado con el que acabamos de exhibir y con otro video, pero hay una serie de videos que hicieron varios investigadores. Quien trabajó sobre la recepción de la radio, por ejemplo, hizo con sus alumnos un video sobre las formas de uso de la radio en el espacio urbano. Y otro sobre

salones de baile. Hay una intención, así, de acceder a un tipo de información no verbal y comunicarla visualmente. Creemos que las imágenes son estrategias de revelación y en cierto modo de organización de lo real, que hay que tomar en cuenta en una investigación. También se buscó comunicarse con otros públicos; efectivamente, estamos empezando a presentar esto en movimientos populares urbanos, en distintos lugares extra universitarios, y las respuestas son variadas. Como ustedes verán, es también un tipo de video que, si bien tiene ciertas claves interpretativas, no trata de dar consignas, no es el video político más habitual en América Latina que dice «esto está así por tales razones, y para salir de aquí hay que hacer este viaje ideológico y tomar conciencia de esto, esto y esto». La sensación de incertidumbre, de confusión, por momentos, de mezcla de la que tanto habla Mousiviás, corresponde a los intentos de ensayar múltiples aproximaciones. Creemos que no se puede encarar los problemas de una megaciudad con una sola planificación que sirva para todos y pretenda dejar todo resuelto. Ni tampoco se puede hacer investigación de esta manera. Entonces hay una voluntad estética, yo no se si estetizante, pero estética al menos, que quiero verla como parte de los objetivos de la investigación, y como parte de los variados caminos a explorar, y hay una intención también de buscar otros caminos para comunicar los resultados de los estudios y relacionarse con la participación social.